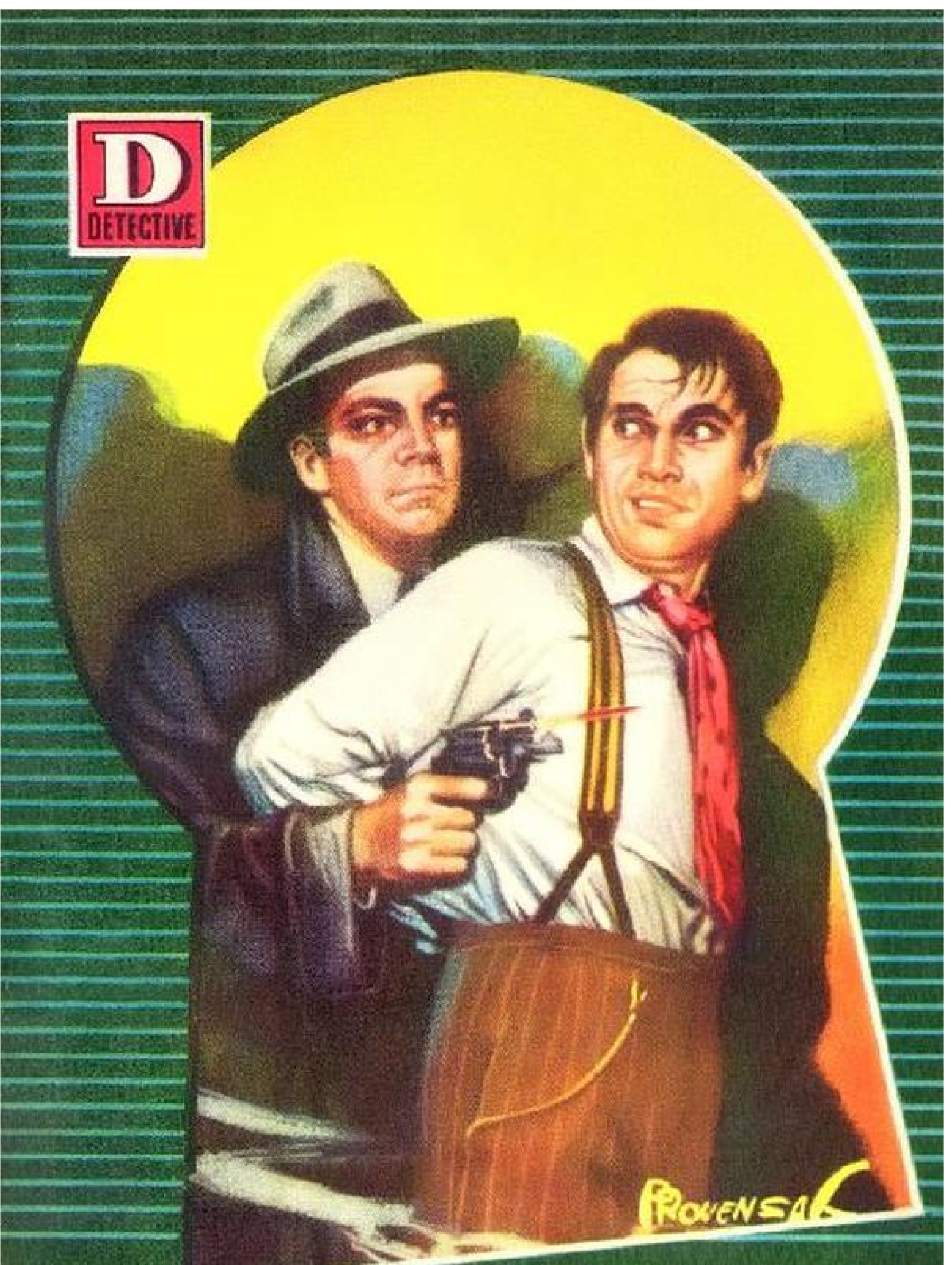


Vic Peterson

RUMBO A SING SING

Craig Henderson hubiera podido pasar por sudamericano. Había incaicas ascendencias en sus negros ojos rasgados, que podían ser, según las circunstancias, crueles con frialdad, o apasionados sin ardor. Tenía un gran control de sus reflejos.

Los había entrenado en varios años consecutivos de sobrevivir como detective de una agencia instalada en Nueva York y especializada en «casos perdidos».

La agencia sólo daba el ingreso definitivo en nómina a los que como Craig Henderson, parecían aunar dos contradicciones: la calmosa aceptación de una breve existencia, y el talento de prolongarla contra todo pronóstico.



Vic Peterson

Rumbo a Sing-Sing

Detective - 31

ePub r1.0
LDS 09.05.19

Título original: *I go to Sing-Sing*
Arnold Briggs, 1953
Traducción: F. J. Robles
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Rumbo a Sing-Sing
por
VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Craig Henderson hubiera podido pasar por sudamericano. Había incaicas ascendencias en sus negros ojos rasgados, que podían ser, según las circunstancias, crueles con frialdad, o apasionados sin ardor. Tenía un gran control de sus reflejos.

Los había entrenado en varios años consecutivos de sobrevivir como detective de una agencia instalada en Nueva York y especializada en «casos perdidos».

La agencia sólo daba el ingreso definitivo en nómina a los que como Craig Henderson, parecían aunar dos contradicciones: la calmosa aceptación de una breve existencia, y el talento de prolongarla contra todo pronóstico.

No se quejaron desde Nueva York, cuando el viaje de Henderson, pareció más bien seguir un itinerario de turista rico, que ser la ruta del seguidor de rastros de un asesino.

Pagaba la cuenta y con prima espléndida, una millonaria.

Craig Henderson había salido tres meses antes de Nueva York, en avión hasta Miami de donde cogió otro para los Keys, trasladándose a Panamá, permaneciendo una semana en las dos ciudades de Cristóbal, la yanqui, y Colón, la hispano criolla, para, al fin, después de desembarcar en Guayaquil, remitir un cablegrama que fué acogido con satisfacción en la agencia, neoyorkina.

El cablegrama decía:

> «NUESTRO HOMBRE ATRAPADO. *STOP*. SALDREMOS AVION PANAIR NÚMERO 1032. CRAIG HENDERSON».

En un cablegrama no iba Henderson a aludir a su táctica para

atrapar al escurridizo Edgar Wilder.

Hubiera sido muy largo de exponer que así como Wilder para logar su propósito de escapar a la justicia, empleaba las mujeres en las escalas, para fingirse un rico yanqui turista, Henderson empleaba también su poderoso físico varonil con las mismas clases de mujeres.

Y así fue como logró a los tres meses y dos días de haber abandonado Nueva York, convencer a la incitante y voluble Marta.

Todo el mundo conocía, en Guayaquil a Marta. No había más que una mujer como Marta, no ya en Guayaquil, sino en el mundo entero.

Sabía cantar, sabía bailar y sabía defenderse de los embates de los excesivamente apasionados, a los que el libre consumo de alcohol del café-cantante «Dorado» espoleaba.

Pero Edgar Wilder no era un hombre vulgar. Marta lo comprendió. Además, tenía dinero. Lo reunía, pues, todo: física prestancia, joven madurez, inquietante misterio y repleta cartera.

Ella presintió obscuramente que Wilder la estaba empleando como «pantalla». ¿Contra qué y contra quién? Casi se sintió ofendida.

Él decía que estaba esperando un barco que le llevaría a Valparaíso. Dormía muy inquieto, y si algún ruido le despertaba, antes de abrir los párpados, abría los dedos de la diestra para cerrarlos en rededor de la culata colocada bajo su almohada.

Y por eso, cuando Craig Henderson inició su galanteo presentando a Marta, al terminar ésta su número en la pista del «Dorado», una copa de champaña, ella bebió y él contaba con un argumento muy eficaz.

—Gracias, amigo —sonrió ella, dejando la copa en el mostrador.

—Celebro que hable usted mi idioma.

—Pasan por aquí por rebaños los yanquis, amigo.

—¿En qué se me conoce?

—Vista que tengo. Además, usted no es del rebaño. Tiene más clase. No lo digo por el champaña.

Miró Henderson su reloj. Destacaba el oro del cronógrafo en la velluda muñeca.

—¿Habrá tiros si la acompaño a su nido, Marta?

—La pólvora va barata por esta comarca, pero oiga, amigo,

usted se ha confundido. ¿Tan irresistible se cree?

—No se trata de intentar mi suerte, Marta, porque no tengo tiempo y usted vale muchas horas de asedio. Precisamente si quiero acompañarla es para evitar tiros.

Ella miró de soslayo, presintiendo obscuramente que aquel hombre de crueles ojos rasgados tenía cierta relación con la pistola que Edgar Wilder conservaba constantemente al alcance.

—A salir iba y fresquita está la noche… desde que se me acercó, amigo.

—No soy ningún fresco. Verá como no. Me enteré que a las dos terminaba usted y me dije: «Craig, ella es la Eva que podría evitar que mueran dos hombres de bien».

—¿Dónde están esos dos hombres de bien?

—Yo soy uno.

Rió ella, pero contestó:

—Puedo intentar oírle, Craig.

Pagó él, recogió ella del guardarropía su ligero abrigo, y comentó al salir:

—Es una buena costumbre actuar en el último número con mi vestido callejero. Ahorro tiempo. Como usted, pienso que el tiempo es oro. No me dijo quién era el otro hombre de bien.

—El que está esperándola, en su nido. Trataré de ser rápido, porque sólo hay un centenar de pasos hasta su nido. Si entro, él me recibirá a tiros. Puede matarme, o le puedo matar. No me interesa. Perdería yo diez mil dólares.

—Un negocio raro, ¿no, Craig?

—Lo entenderá en seguida. El hombre que desde hace cuatro días con sus noches se ampara tras sus faldas, no es el turista que usted se imagina.

—No imaginé que fuera un turista, ni usted tampoco. Tengo cierta práctica visual en identificar a los inquietos.

—No sé cómo le ha dicho que se llama, pero su inquilino, no tiene perdón humano. La silla eléctrica para él es demasiado benigna. No, no soy policía, sino simplemente un detective privado. Su inquilino escapó a raíz de ser sentenciado a muerte. Tengo un buen porcentaje en la prima que ofrecen por su captura y puedo desprenderme de un billete de quinientos, Marta. Gracias por haber comprendido que era preferible tomar la otra calle, por si él

estuviera esperándola. No me conoce, pero le podría intrigar verme.

—Quinientos dólares no están mal, pero ¿tan baja me juzga que me considera capaz de entregar a un hombre que confía en mí?

—También confiaba en él su novia y la estranguló, pero esto es harina de otro costal. Es sencillo, Marta. Yo, como sea, entraré. Me pagarán igual mi porcentaje si en vez de llevar a Wilder esposado, lo llevo en un ataúd. Tengo licencia para ambos medios de transporte.

—Muy seguro está usted dé sí mismo, Craig. Además, ¿cómo sabe que él es su estrangulador?

—Hace noventa y tres días que le sigo la pista, y, por fin, he dado con su madriguera. Si me da usted la llave, mañana no tendrá que pagar la factura de puertas o ventanas rotas.

—Yo pensaba ir un día de éstos a Nueva York. Tengo pasaporte y obtendría contrato. Quinientos dólares…

—Es el viaje cubierto y quince días de estancia. Consume mucho alcohol su inquilino, ¿verdad?

—Bastante. Usted se lo sabe todo.

—Noventa y tres días averiguando cosas sobre Wilder, hacen que casi le haya cogido cariño. Un cariño bestial…

—No lo dudo. ¿Es por su cariño bestial por lo que le lleva un frasco de *whisky* «Bourbon» a mi inquilino?

—Usted se lo llevaba las otras noches, ¿no? Sólo que éste contiene adormidera. Sin sabor, sin olor, sin color. Y a usted así no le sabría la boca a sangre, cuando le viera a él muerto.

—Puede saberme mal, pensando que yo lo entrego a un transportista rumbo a
Sing-Sing.

—¿Y qué hay de la satisfacción del deber cumplido? Es un asesino sin atenuantes. Estranguló a una chica por maldad.

—Déme la botella. Dejaré la puerta de abajo abierta. ¿Actúa, de prisa su brebaje?

—Garantizado el efecto fulminante en segundos.

—¿Puedo echar un vistazo a sus documentos, Craig?

—Así me gusta. Enfoque los faros sobre licencia, el permiso internacional de armas, el consular que me autoriza al transporte debidamente esposado o amortajado del descrito Edgar Wilder.

Al cabo de unos instantes, devolviendo la cartera que en abanico

abierto, presentaba cuatro compartimientos de mica, dijo ella:

—Prefiero ganar quinientos dólares a tener que culparme de ser, indirectamente, la causante de su muerte, Craig.

—Su nido tiene las salidas identificadas. No le deje escapar, Marta. Yo volvería a seguirle, y algún día usted se arrepentiría al leer que me recogieron seco en algún rincón sudamericano.

—¿No confía en mí?

—Casi. Voy a cronometrar desde un observatorio adecuado. Tres minutos para llegar a la puerta, abrirla y dejarla entornada. Dos minutos para invitar a beber a su inquilino.

—Se invita solo.

—Al minuto sexto, entraré. Me dieron un plano de la casa, en las oficinas de alquiler y compra-venta.

—Se las sabe todas, amigo.

—Menos una.

—¿Cuál?

—Si el indiscutible poder magnético que posee Wilder tendrá más fuerza que mis pobres medios y maneras.

—Su modestia es orgullo reventón, Craig. Empiece a cronometrar.

Seis minutos después, Craig Henderson entraba en la casita de dos plantas alquilada por Marta Karel.

Pero no por la puerta entornada.

Desde el barril que en la fachada posterior recogía la lluvia, asió el cable del pararrayos. Efectuó una dominación gimnástica en el reborde de la galería del primer piso y caminó sin precaución porque al cuello llevaba anudados entre sí sus zapatos.

Antes que los rasgados ojos asomó la redonda boca de su automática por el abierto ventanal.

Hacía calor en aquella tierra y un hombre como Wilder que acostumbraba a vivir bien, no iba a cerrar su ventana.

Lo vio.

Tendido boca abajo sobre un diván. Le colgaba un brazo, a cuyo extremo la mano rozaba un vaso en añicos…

En pie tras el diván, Marta Karel murmuró roncamente:

—Triunfó el dólar, Craig. Sobran sus precauciones.

—Pudo Wilder ofrecerle más de quinientos dólares si usted le llega a contar mi sincera oferta.

Craig Henderson asió por los cabellos al narcotizado. Volvió a dejar caer cabeza y busto sobre el blando diván.

—Tiene ahora sus buenas ocho horas de sueño profundo. Casi debería agradecérmelo. Duermen mal los que están en su caso. ¿Me permite su teléfono, Marta?

—Creo que le he permitido mucho más, ¿no?

Craig Henderson marcó unos números. Escuchó un instante, y dijo:

—Ya está. Pueden cursar el cable. Y sacarme los dos pasajes avisando al personal para que no pongan obstáculos cuando me instale con antelación. Y gracias por todo… ¿Cuándo?

Miró Henderson su cronógrafo.

—Son las dos y treinta. El primer avión es el de las nueve. Llegaré a las ocho. Repito las gracias.

Colgó el auricular, explicando:

—El consulado americano. Muy buenos chicos.

—Váyanse los dos, por favor…

—No sea impresionable. Ha hecho usted una buena acción.

—No acabo de convencerme.

—Sí, mujer… Una buena acción. ¿No estoy vivo? Écheme, si abuso. He pensado que en este mismo butacón velaría el sueño de Wilder. Y a las siete y media, un coche me lleva al aeródromo. Pero sería abusar, ¿no?

—Los dos han pagado su derecho a pernoctar…, pero sin mi compañía, aunque pudiera usted suponer otra cosa. Estoy segura que no será preciso que le despierte a las siete y media, Craig.

Craig Henderson estaba endosando un «check-traveller». Firmó.

—Se lo harán efectivo en cualquier sitio, Marta. Y si no nos vemos más, gracias y suerte. No sea tonta y duerma tranquila. Usted hizo lo que debía.

Ella cogió el cheque internacional, y abandonó la sala-estudio.

Craig Henderson hundido en el sillón, con los calcetines en contacto sobre el narcotizado, parecía dormir. Tenía echado sobre los ojos el sombrero «panamá».

Pero no tuvo necesidad de demostrar que no dormía. A las siete y media, fatigado, pero satisfecho, pidió por teléfono el coche al consulado.

Cargó sobre su hombro a Edgar Wilder. No volvió a ver a Marta

Karel.

En el aeródromo había el personal ya avisado. No les extrañó aquel pasajero que por bagaje llevaba a un hombre inerte sobre su hombro derecho.

Tampoco asombró a la azafata, que los dos pasajeros para Nueva York, escala Panamá-Miami, se instalaran en sus butacas, una hora antes de la salida.

Y ahora sí que durmió Craig Henderson. En su velluda muñeca izquierda tenía otro brazalete. El que le unía con acero a la muñeca derecha del que aun seguía durmiendo…

CAPÍTULO II

Los pasajeros fueron ajustándose los cinturones. La azafata titubeó. Era su obligación comprobar que todos los pasajeros cumplieran el reglamento al disponerse el avión a despegar.

Pero el policía dormía sonoramente con el sombrero «panamá» echado sobre la cara y el prisionero con el rostro contra el cristal.

La aeromoza consideró que sería humillante despertar a dos hombres esposados entre sí y sobre todo para el prisionero, dificultado para abrocharse la hebilla.

Se alejó pasillo adelante.

El avión trepidó un instante, para cabecear, y, por fin, deslizarse con lento ascenso.

Craig Henderson masticó, removiéndose. Una sola hora de sueño le despejaba, en casos parecidos. Extrajo del bolsillo superior de su americana de dril blanco las gafas antisolares.

No era difícil colocarlas con una sola mano. Ajustaban como un antifaz.

Tiró su sombrero a la redecilla.

La aeromoza sonrió profesionalmente y acudió al gesto del índice disparado en alto de Craig Henderson:

—Dígame, señor Henderson.

—Sal de frutas y jugo de naranjas, señorita…

—Marcia Scott, a su servicio, señor Henderson.

—Ojalá.

Ella desapareció por la puertecilla que comunicaba el compartimento de pasaje con el de carga, bar y cocina.

Henderson se reclinó más contra el respaldo de las dos butacas que eran las más alejadas de la carlinga de tripulantes.

A su derecha, el pasillo y la butaca de la aeromoza, cuando no

había pasaje en exceso. No debía haberlo, puesto que nadie la ocupaba.

Percibió en su muñeca el estremecimiento. Dijo sin mirar:

—Inconvenientes de beber demasiado, Wilder. Le traerán un tónico para despejarle la cabeza.

Edgar Wilder, alto, de facciones enérgicas, grandes ojos soñadores, se pasó la zurda por los ondulados cabellos rubios.

Miró a través del cristal.

Marcia Scott presentó la bandejita, y Henderson cogió el alto vaso empañado por el hielo, donde el jugo de naranjas adquiría un precioso color tornasolado, en refracción con los oblicuos rayos del sol.

—Usted misma, Marcia, eche una cucharadita de sal. No hay nada mejor, para resucitar a un hombre.

Ella removió el líquido tras echar el blanco polvo, y Henderson lo pasó a su vecino, que rehusó:

—Bébaselo, si le apetece.

Una réplica amable por la entonación.

Henderson no insistió. Bebiéndose el tónico mañanero, podía ver sin que le vieran los ojos.

Había conmiseración en el agraciado semblante de Marcia Scott. Craig devolvió el vaso, y dijo:

—Gracias, Marcia. ¿Tienen
«Chesterfield's»?
Un paquete para mí.

Cuando ella, tras abrir el paquete, tendió la llama de su mechero a Henderson miró casi suplicante en su invitación a Edgar Wilder.

—¿Un cigarrillo, señor? —le dijo.

Edgar Wilder se encogió de hombros, sin descortesía. Presentó Marcia Scott el paquete y el mechero.

Se retiró, llamada por una voz femenina…

—Podemos ir al lavabo, Wilder. Nos hace falta. Somos ya mayorcitos y nos portaremos bien en todos sentidos ¿verdad?

Edgar Wilder se levantó. Casi pareció ser él quien llevaba prisionero a Henderson. No tuvieron que ser vistos por el resto del pasaje.

Los lavabos estaban en el bar, donde no había más que el camarero-practicante-cocinero.

En el pequeño lavabo, Henderson comentó:

—Puedo quitarle el aro, Wilder. Tendré que machacarle, y con gusto, si intenta imbecilidades.

—Estará usted más cómodo. No soy ningún imbécil.

—Volveré a esposarle cuando nos acerquemos a Cristóbal.

Edgar Wilder, libre de manos, se las lavó, frotándose después la cara, y permaneciendo largo tiempo con la nuca bajo el chorro.

Cuando hubo terminado de peinarse, esperó, adosado a la puerta cerrada. Henderson se aseó más brevemente, sin inclinarse.

—Tal vez un trago no nos vendrá mal, Wilder.

—Es posible.

Sentados en los taburetes altos, parecían dos conocidos que habían entablado fugaz amistad acorde a la estela en el aire tropical que el «Skymaster» dejaba por una fracción de segundo.

Edgar Wilder bebió un jugo de naranjas, y pidió un café. Henderson sorbía poco a poco la leche fría.

Miraba a la vez la lista de pasajeros, impresa y enmarcada.

No estaba, por orden alfabético, sino numeral de butacas.

Sólo ocho pasajeros. De proa a popa.

«Reverendo, Thomas Winchester.
Señorita, Juana Maldonado.
Señor Alvin G. Quimby.
Señor, John V. Quimby.
Señorita, Dinah Harding…».

Dejó de leer, porque Wilder comentaba:

—Al menos es usted discreto.

—No es mi oficio. ¿A qué viene esto?

—Me habría molestado que se sintiera usted juez.

—No es mi oficio. Yo los cazo, otro los guisa.

—¿Tanto bebí, que no recuerdo ni el momento en que me cazó?

—¿Qué más da?

—Se está bien aquí.

—Los pasajeros prefieren la comodidad, y que les traigan las bebidas a domicilio.

—Como a mí, ella.

—¿Quién era ella?

—Marta. ¿No la conoció?

—Ah… Sí, la chica en cuyo nido se ocultaba usted. La chica no tenía la menor idea de quién era su inquilino.

—Resulta extraño que, en mis circunstancias, fiase en Marta. Yo no bebo hasta emborracharme. Si usted me cogió, fué porque ella se avino a algo turbio.

—Hace un día espléndido, señor Wilder. Es un modo de indicarle que sin ser mí oficio el de juez, le considero maestro en sucias turbiedades. Por eso es mejor que cambie el disco.

—Ni usted ni yo llevamos señal de golpes. Tengo los bolsillos vacíos.

—Y deduce que para llegar a este resultado, tuve que recurrir a ayuda. Fué sencillo: Sabiendo que cada noche Marta, le llevaba un frasco de «Bourbon» me costó pocos dólares, convencer a un camarero del «Dorado» para que echara adormidera en el frasco que se iba a llevar Marta. Esa gente está especializada en deslacrar y lacrar, dando gato por liebre.

—Considerando que es usted el hombre que me lleva en el último taxi rumbo a Sing-Sing, debería tenerle odio.

—¿Por qué? Los que como usted están escapando constantemente, casi descansan cuando todo se acaba.

—¿Es federal?

—Craig Henderson es mi identidad. No diga que celebra conocerme, porque no le tengo la menor simpatía. Verá, no es la primera vez que cazo a un fulano escurridizo y viajo un rato con él. Hasta hoy sin el menor sentimiento, pero con cordial recelo, les acompañaba. A usted…

—¡Psst, psst! Habíamos quedado en que usted no es juez.

—Por suerte para usted.

—¿Le parece poco la silla eléctrica?

Con hábil celeridad imprevisible, volvió Henderson a encerrar la muñeca derecha de Wilder. Estaban de espaldas al mostrador.

Dijo secamente:

—Hay algo eufórico en usted, estrangulador. Podré ver visiones pero se me antoja como si estuviera usted demasiado contento, tras

un despertar como el que ha tenido.

—Esto es un avión y no pienso suicidarme. Además, le admito la cualidad de no soltar presa.

—Es su modo de hablar el que me tiene mosca.

—No esperaría usted que me echase a llorar o patalease.

—Estuvo a punto de patalear cuando le ofrecí en la butaca un reconfortante. Nos levantamos, venimos aquí, y ha mudado usted de temple.

—Es el inconveniente de ser policía. Sospechan de todo.

—Hay muchos puntos sospechosos en su rededor, Wilder. No me refiero a lo archisabido. Esto está claro. Me refiero a que si logró huir cuando salían de la vista del proceso, fué porque en la carretera atacaron al coche celular unos individuos especializados en asaltos. No los pudo pagar usted. Por donde ha ido, ha sembrado usted dólares. No los tenía encima. No los retiró de ningún banco. ¿Cree que asaltarán el avión los dos individuos que muy ingeniosamente, hay que reconocerlo, se apoderaron del celular?

—Si tuviera guardaespaldas no me hubiera usted sacado butaca en este avión, Henderson.

—Por lo que sea, voy a hacerle una advertencia, Wilder. Usted no se me escapará, porque si hay algo turbio en torno, le meteré plomo en el cuerpo. Mi compromiso es llevarlo vivo, pero en caso apurado, prefiero perder nueve mil quinientos y conservar la piel.

—¿Nueve mil quinientos? Extraña cifra de valoración. Me tomaría otro café. Es excelente.

—Queda advertido Wilder. No cometa el error de confundirme con un párvulo. He acompañado a tipos más hombres que usted. Mucho más hombres, porque no habían estrangulado a una mujer, sino que se habían batido el cobre contra otros.

Edgar Wilder saboreó la segunda tacita de caracolillo.

Craig Henderson reanudó la lectura de la lista de pasaje.

El reverendo pastor protestante con apellido belicoso, una sudamericana, dos hermanos Quimby…

Tendría que echarles un vistazo a los dos Quimby.

Una Dinah Harding… ¿Dinah Harding? No, no le sonaba…

Siguió leyendo:

«Señorita Marta Karel.

»Señor Craig Henderson».

CAPÍTULO III

—Eche un vistazo a la lista, Wilder. ¿O ya lo hizo?

—No me interesa. Podríamos ir a sentarnos, si no le contraría.

—Se está más cómodo.

Ninguna ley podía prohibir a Marta Karel tomar aquel «Skymaster», puesto que podía pagarse el pasaje, y tenía el pasaporte en regla.

Butaca once.

Dos filas delante. También había estiba en los aviones, cuando el pasaje no era completo. Debía repartirse la carga equilibradamente.

El firmamento hasta entonces muy azul, se iba plateando. Plata sucia, truncada por ramalazos de brocha gorda empapada en carmesí.

En los trópicos las tormentas estallaban con tanta rapidez como brevedad. Como el carácter de aquella gente, que pasaba de la frenética carcajada a la mustia melancolía, en segundos…

—Un viaje bueno. Estos «Sky» son estupendos. Además, somos pocos y no hay ruido. En primera fila, un reverendo Winchester. Detonante apellido.

—Los apellidos nada significan.

—El suyo sí, Wilder.[1]

—Henderson tampoco es de desdeñar. Lo llevaba un presidente de los Estados…

—Mucha euforia para un hombre que va a
Sing-Sing.
Estas butacas son confortables, pero impiden ver a los demás. Hay dos hermanos, o al menos llevan el mismo apellido, en segunda fila izquierda.

—Deseche sus cábalas, Henderson. Dos fueron los que como ha

admitido usted, me sacaron del celular dándome escape hacia Miami. No se llamaban Quimby.

—Los apellidos nada significan. ¿No dijo también que no le interesaba echar un vistazo a la lista de pasajeros?

—La palabra nos fué dada para disfrazar nuestro pensamiento.

—Ya sé que a ratos perdidos es usted filósofo. A la derecha del reverendo pero en la otra ventanilla, una Juana Maldonado. ¿Será negra como un tizón y adiposa o esbelta y rubia?

—Llámela en nombre de la ciega justicia.

—Allá a la derecha, en la cuarta fila, Dinah Harding. ¿Le dice algo Dinah Harding?

—¿Y a usted?

—Creo que en Cristóbal cambiaremos de avión, Wilder. Está usted poniéndose demasiado contento.

—Conformidad filosófica.

—La pasajera de la butaca once se llama Marta Karel.

—Es asombroso comprobar que el mundo es un pañuelo. ¿Quiere un cigarrillo, Henderson?

—De usted no quiero ni la cerilla. ¿Quién le dió este tabaco?

Henderson arrancó de la zurda de Wilder el cigarrillo. Llevaba la contraseña «SK» y dos alitas impresas en la boquilla.

Henderson miró a la butaca a su derecha, separada por el breve pasillo.

—¿Desea algo, señor Henderson?

—Sea buena y no le dé nada a mi vecino. Soy muy nervioso, ¿sabe? Y me figuro tonterías.

—Perdone señor Henderson. Su vecino se quedó con el paquete cuando usted lo pidió.

—Es verdad. Tome, Henderson. No se meta con Marcia.

—¿La conoce?

—Desde el mismo instante en que usted la llamó por su nombre.

Se colocó Henderson en el bolsillo la cajetilla, y el cigarrillo quitado de la mano de Wilder, lo fué destrozando minuciosamente entre sus dedos.

Dijo:

—Lee uno tantas novelas, que acaba por creerse esas cosas del criminal que prefiere suicidarse con un pitillo impregnado de almendras amargas.

El avión trepidó repentinamente.

Marcia Scott se dirigió a la carlinga delantera.

El firmamento en torno al avión, era algodonoso. Se encendieron las luces.

—Hay una esperanza más, Wilder. La tormenta obliga al aterrizaje forzoso, y quizá sea usted el único superviviente del encontronazo con el suelo.

—Me contentaría con que no lo fuera usted.

—Al menos no vamos engañados los dos. Y me place. Hola, hola… ¿No conoce usted a esta señorita?

Marta Karel acababa de levantarse, y vino a sentarse en la butaca desocupada por la aeromoza.

—Buenos días, Marta. Me llamo Craig Henderson, y le presento a Edgar Wilder, millonario de nacimiento, filósofo deportista por afición y a ratos perdidos, estrangulador de mujeres. ¿Emocionante, verdad, Marta?

—Los pasajeros que están delante mío, han comentado que en esta zona los pilotos prefieren aterrizar si se espesa la niebla.

—Un viaje emocionante. Mi vecino se extrañó al despertar. Le conté mi truco. Sobornar a un camarero para que vertiera narcótico en el frasco que usted le iba a llevar. Mi vecino es un misógino. Odia a la mujer. No quise añadirle más odio.

Marta Karel adelantó un poco el busto. Dijo:

—Cobré quinientos dólares para evitar el transporte en ataúd, Edgar.

Edgar Wilder envarado, no miró. Su réplica fué amable:

—Tu sinceridad es tardía y estúpida, Marta. Si mi vecino te obtuvo por quinientos, yo hubiese podido darle mucho más. ¿Cuánto llevaba en mi cartera, Henderson?

—Doce mil trescientos quince exactamente, Wilder. Pero Marta ni vendió su alcoba, ni su alma. Prefirió ayudar a un policía.

El avión se remontó y Marcia Scott, reapareciendo. Dijo:

—No será preciso hacer escala antes de Panamá. La visibilidad es excelente, y dejamos atrás el núcleo tormentoso.

—Mala suerte, Wilder. Oiga, Marcia.

—Diga, señor Henderson.

—Suplique al radiotelegrafista que le entregue, con su firma, la copia del siguiente mensaje a Mulliner…

—Diga, señor Henderson pidió ella, lápiz en ristre.

—La dirección de la receptora es: «Sam Mulliner. Interpol». El radio tiene la frecuencia en su código. El «Interpol» es la policía internacional, Wilder.

—Gracias por instruirme, Henderson.

—A la «Interpol» de Cristóbal, que acudan a esperarme al aterrizaje. Cuando el radiotelegrafista haya obtenido la respuesta afirmativa, que le entregue la copia firmada. Gracias, Marcia.

Ella se fué.

—No se fía de nadie, Henderson.

—Por eso sigo jeringando a tipos como usted. ¿Por qué está melancólica, Marta? Pronto conocerá la Meca de los triunfadores, la Estatua de la Libertad…

—Henderson es un humorista; ya te habrás dado cuenta, Marta. Habías prometido que me contarías tu vida. Si el policía te permite sentarte delante arrodillada, y dando la cara, estarás en la adecuada posición. Una vida interesante, seguramente. Nació en Stockolm hará unos veinticinco años. ¿Quién le había de decir a Marta Karel que ganaría quinientos dólares en una sola noche sin exponer su virtud?

—No me ofenden los sarcasmos, Edgar.

Ella no se arrodilló en la butaca delantera a la ocupada por Henderson. En pie, se reclinó contra el respaldo. Su cara quedaba a poca distancia de la del detective.

—Así parece usted el prisionero, Craig.

—Lo soy. De mi obligación.

—La moralidad de Henderson vale diecinueve más que la tuya, Marta. Exactamente nueve mil quinientos. Me lo ha dicho así.

—Arriesgaba más que yo, Edgar. Tienes derecho a intentar ofenderme, pero mi conciencia nada me reprocha.

—Ya está bien, preciosa. Siéntese y duerma un poco. Las ojeras le taladran las sienes.

Marta Karel se deslizó hasta quedar acurrucada en el asiento delantero, invisible.

—Hasta ahora no me lo ha dicho aun, Henderson.

—¿Que es usted un repelente cínico?

—Realmente vale usted mucho, Henderson. Casi adivina el pensamiento.

—Procure usted adivinar hasta dónde puede llegar. Me dolerían los nudillos si tuviera que golpearle en la boca.

—Ya sé que no le corresponde juzgar, pero hubiera podido pensar en la posibilidad de un error judicial, en un cúmulo de circunstancias adversas…

—Ya que de algo hemos de hablar, le diré que usted tuvo un abogado defensor soberbio. Hizo lo que pudo para conseguir presentarle como loco como inocente, como víctima de un error judicial. Y el Supremo ha ratificado durante su ausencia la condena. Si usted es inocente de la acusación, yo soy Américo Vespucio. Intente emocionar a Marta, que acurrucada en un sillón, sobrecogido el acento y con la propensión muy femenina a creer en el folletín, podrá creerte víctima de un error judicial.

—Usted no puede menos de haber notado algo curioso en mi fuga. ¿Actué como un criminal que huye, o como un hombre que busca al verdadero culpable?

—Si hubiera otro culpable no tenía por qué huir, Wilder. Usted en Miami, en los Keys, en Cristóbal, en Colón y en Guayaquil, hizo el mismo truco. Parapetarse tras una supuesta vampiresa, como un turista en vacaciones. No le quedaba otro recurso, mientras no diera con el medio seguro de esfumarse por Sudamérica.

El avión seguía remontando para elevarse por encima de la masa espesa de nubes, que de vez en cuando eran surcadas por un culebreo eléctrico.

La lluvia azotó los cristales.

Marcia Scott regresó, tendiendo a Henderson un impreso.

—Ha sido transmitida su petición, señor Henderson. Consta la respuesta afirmativa, y la firma del radiotelegrafista.

Craig Henderson echó un vistazo al papel, antes de embolsillarlo. Se quitó el cerco que le unía al prisionero, y lo cerró en rededor de la otra muñeca de Wilder.

—Una súplica. No se levante. Me pondría nervioso, y no sé si el del botiquín sabe extraer balas. Las tormentas excitan mis nervios.

—Lo percibo. La postura es un poco incómoda, Henderson.

Las dos muñecas estaban inmovilizadas en la abrazadera tubular de la butaca. Para levantarse, hubiera tenido Wilder que arrancar la butaca de sus remaches.

—Será breve. Voy solamente a echar un vistazo a los demás

pasajeros.

CAPÍTULO IV

Craig Henderson tuvo que asirse a los respaldos en su avance hacia delante. Le interesaban los hermanos Quimby…

Logró sentarse con bastante precisión frente a las, dos butacas ocupadas por los que en la lista figuraban como portadores del mismo apellido.

El que estaba más cerca de la ventanilla, le examinó con curiosidad mientras se dedicaba a doblar el respaldo de la butaca.

El otro, echado hacia atrás se cubría el rostro con un pañuelo empapado en colonia.

A su derecha, Henderson sonrió:

—Perdóneme, reverendo, si le molesto.

Thomas Winchester, cabello azafranado, rostro redondo, gafas montura «Truman», cerró su libro. El título era: «El paraguas del padre Brown».

—No me molesta, señor Henderson.

—¡Caramba, reverendo! Es usted un excelente padre Brown.

Y el detective señaló el libro, haciendo alusión al personaje del novelista Chesterton, un clérigo-detective.

—Al entrar en el avión, le vi durmiendo, encadenada su muñeca a la de su vecino. ¿Conoce a los señores Quimby?

—Mal viaje —dijo el Quimby.

El prototipo del yanqui emprendedor, pulcramente instalado tras un despacho, conduciendo con mano, férrea negocios difíciles.

Se presentó:

—Soy Alvin Georges Quimby. Excuse a mi sobrino John Vincent, pero se pone a la muerte cuando viaja en avión. Pero teníamos que estar con urgencia en Miami. Somos exportadores con establecimientos en Guayaquil y Quito. Nos surten desde toda la

nación, y llevamos veinte años establecidos.

Craig Henderson sonrió jovialmente:

—Le agradezco su simpática información, pero créame que no vine a interrogarles, puesto que no tengo derecho ni motivo. Desde aquí diviso perfectamente todo, y le resultaba molesta mi compañía a Wilder. ¿Va también a Miami, reverendo Winchester?

—Sí. Es mi jira de conferencias…

—¡Caramba! ¡Ya está! No lo tome a chiste malo, pero cuando leí su apellido me dije: «¿De dónde te suena Wínchester?». Su aclaración sobre conferencias, me ha iluminado. Usted es el predicador que en Harlem y Bronx, se metía a los peores tipejos en la faltriquera. Decían los periódicos que tenía usted un estilo apropiado a su apellido. Explosivo.



—Me llamo Craig Henderson y fuí detective.

Thomas Winchester hizo un ademán evasivo:

—Debo acomodarme según los auditorios, pero he de hacerle una observación, mi joven detective. Nunca he predicado en Harlem ni en el Bronx. Si hubiera aceptado su elogio, usted habría imaginado que bajo mi negra ropa, podía alentar un maleante. Deseche toda, suposición sobre mi persona, Henderson.

—No lo haré más, lo prometo, señor profesor —rió Henderson,

en alto la diestra.

Alvin G. Quimby señaló mudamente, con el índice el respaldo que correspondía a la butaca ocupada por Thomas Winchester.

Su rostro daba la sensación de regocijo contenido.

Habló, adelantado el busto:

—Es muy natural que usted cumpla con las exigencias de su profesión, Henderson. A mí no me molesta. Puede cachearme si quiere. Les tengo mucha simpatía a los detectives. Gracias a ellos, podemos prosperar los honrados negociantes.

—Gracias por haber sido tan amables, señores. ¡Diantres, cómo se bambolea este cacharro!

Tuvo Henderson que abrazarse al respaldo a su izquierda, hasta que lo convirtió en horizontal. Se excusó:

—Perdóneme, señorita Maldonado.

No era una «adiposa morena como el tizón», ni una esbelta rubia. Recordaba a Elizabeth Taylor y Henderson añadió:

—Un mal viaje, no cabe duda.

Juana Maldonado aspiró el abierto frasquito. Seguía mirando al que a su lado, pero en postura contraria, dando la espalda a la carlinga, insertando sus gafas obscuras en el bolsillo superior, se despidió:

—Mil perdones, señorita Maldonado.

Ella no replicó. Seguía aspirando su frasquito de punzante aroma a fresca lavanda.

Una orgullosa ricachona sudamericana, difícil de abordar, fué pensando Henderson, mientras avanzaba con más aplomo.

El «Skymaster» había ya encontrado zona calma.

Corría de nuevo el color azul plateado. Sin nubes.

La rubia que se sentaba en la cuarta fila, tenía algo detonante. ¿Se pintaba mal y era novata? ¿Exageraba la nota procaz?

Era difícil vestir con más extravagancia. Henderson se sentó a su lado. Dijo:

—Un mal viaje, ¿no, Dinah?

Ella asintió. Henderson acabó de cerciorarse de que Dinah Harding no era del estilo de Juana Maldonado. Indicó:

—Son peligrosos estos tacones, nena. Puede usted caerse al suelo y desde esta altura se haría pupa.

Ella rió como si el chiste leído en un almanaque, fuera un

prodigio de gracia. Se miró los altos tacones, y pareció entonces recordar que su falda servía para cubrir parte de sus rodillas.

La estiró, conservando las piernas cruzadas.

—He estado perdiendo miserablemente el tiempo, nena. Estaba usted aquí, y yo aburriéndome allí.

—Más se aburre el otro. Tiene cara de asesino.

—¿Quién? ¿El, o yo?

Dinah Harding incrustó su codo en el costado del detective. Comentó:

—Usted es un tío gracioso, ¡vaya que sí!

—Y tú estás insuperable, nena. ¿Te han llamado de Holly?

—Todavía no, pero llegaré.

—Al menos, hasta Panamá, sí. ¿Contratada?

—En el «Almirante».

—No te vi por Guayaquil.

—Estaba en el «Potosí» de Quito, guapo.

Craig Henderson barajó mentalmente dos suposiciones: o era una novata exagerando la vulgaridad creyéndose, así más femenina perversamente seductora, o era realmente un prodigio de estulticia vulgar.

Pero era guapa.

Tenía un perfil algo de ternerilla. No debía presentar problemas en una conversación. Dijo ella, en voz baja, rozando sus rubios cabellos en aureola, la mejilla de Henderson:

—¿Es un asesino el que te llevas prisionero?

—No. Es sólo un estrangulador de mujeres.

—¡Ay, Santa Bárbara! ¿Y si se escapa?

—Las rubias no son su tipo.

—¿Y a ti también te gustan morenas?

—Te lo diré en el «Almirante». Estás jamón, Dinah. Hasta luego.

Henderson, levantóse, le dio una palmadita a Dinah Harding. Después observó la mirada como de reproche de Marta Karel, y la más disimulada, pero de idéntico contenido, de Marcia Scott, la «camarera del aire».

A las dos les debía parecer insensibilidad dedicarse a tomas de contactos con una mujerzuela, siendo escolta de un hombre condenado a muerte.

Volvió a sentarse junto a Edgar Wilder. Éste, reclinada la cabeza

a un lado, parecía dormir.

¿Buscaba el patetismo? Tenía la cabeza sobre la abrazadera de separación de las dos butacas. Una postura patética… y forzada por las esposas.

Craig Henderson encendió un cigarrillo. Siguiendo las volutas de humo, su imaginación vió el interrogante.

¿Reverendo Thomas Winchester? Unos ojos endiabladamente misteriosos, plenos de humana sabiduría benevolencia con la pecadora condición ajena. Un hombre de madura robustez, física y mental.

¿Alvin G. Quimby? El clásico *cow-boy* cuyas espuelas eran los dólares y su montura la silla de un despacho. Un lince comercial, un aguilucho de las exportaciones e importaciones. Como él, a millares por todo el círculo centroamericano.

Su sobrino John V., que «se ponía a la muerte» en avión, no quiso levantar el pañuelo, en mera acción cortés. Un hombre mareado, no está para convencionalismos.

Tío y sobrino. Las manos del sobrino podían, doblegar la espina dorsal de un rebelde capataz de penitenciaría, de los que estaban a sueldo de contratistas en canteras.

¿Juana Maldonado? Desdeñaba al entrometido detective yanqui. Pese al zumbido, tenía que haber oído perfectamente la voz gruesa y sonora de Alvin G. Quimby. y la concisa y bien timbrada del reverendo Winchester.

En la causa vista contra Edgar Wilder, no pudo comprobar si Wilder, en uno de sus frecuentes viajes por el mundo, había contraído matrimonio.

La tesis fiscal alegaba que Wilder quiso desembarazarse de una novia cuyo amor por él, resultaba perjudicial para un hombre que tenía esposa en Sudamérica.

En Valparaíso. Sí, pero la chilena se llamaba Diana Castro, había declarado en el juicio, y no tenía el menor parecido con Juana Maldonado.

¿Dinah Harding? Una estúpida corista de tercera fila, soportable con la complicidad de medio litro de *whisky* en el cuerpo.

Era sensualidad humillante lo que suscitaba Dinah Harding.

En cambio. Marta Karel, era finamente sensible. ¿Qué haría en un *cabaret* ecuatorial?

Craig Henderson dejó de mirar el humo. El reverendo Winchester pasó por su lado, dirigiéndose al compartimiento de popa.

Craig Henderson se ladeó un poco en su butaca. Fingió hablar con Marcia Scott. Así no ofrecía la nuca…

—Ha mejorado el tiempo, Marcia. ¿Falta mucho?

—Hemos desviado un poco la ruta, señor Henderson. Pero tomará su almuerzo en Cristóbal. Estamos sobre el golfo, y hemos dejado atrás Buenaventura.

—Un nombre prometedor. ¿Toman mucho el avión los Quimby?

—Hoy les he conocido, señor Henderson. Si me permite, acudiré a la llamada del piloto —y mostró ella la lucecita sobre la puerta de comunicación con la carlinga.

Craig Henderson le guiñó a Dina Harding, que pasando susurró:

—Voy a beberme un traguito. La butaca me quema ya.

—No lo dudo…

Craig Henderson se llevó la diestra al sobaco. Su última convicción fué que el avión había embestido un rascacielos. Una nube roja cubrió sus pupilas, y en su cabeza tras el estallido, todo quedó en tinieblas.

CAPÍTULO V

Se palpó la cabeza. En vez de cabellos tenía trapo. Eso era. Un muñeco de trapo. Estopa en el paladar, algodón en la cara, lanilla por todo el cuerpo.

Y era natural que la lanilla no pudiera soportar el peso de una mano que caía sobre más trapo. Fino, frío… Una sábana.

Aquella cama la tenía incrustada en los riñones desde su temprana infancia, La recordaba perfectamente, cuando años antes, un médico, porque llevaba bata blanca y hablaba doctoralmente, le había dicho:

«Ya está fuera de peligro, Henderson».

Henderson. Craig Henderson, el «detective de choque», era como le llamaban allá en una ciudad lejana.

Ponerle pestañas de plomo a un muñeco de trapo, era un derroche. Y muy desagradable cuando el muñeco empezaba a atar cabos.

La primera vez que vió a Sam Mulliner, de la «Interpol» le pareció un queso de Holanda sobre un barril… Seguía teniendo el mismo aspecto…

—No se esfuerce, Craig. El masajista ha asegurado que hoy mismo podrá usted dar unos pasos por la habitación. Veo que me ha reconocido… En sus labios está mi nombre. Sammy… Eso es. Ésta es la clínica norteamericana de Cristóbal.

Craig Henderson asintió. Era listo aquel obeso Mulliner. Le estaba ayudando a sentarse en la cama.

Y, maternalmente, le colocaba blandos almohadones tras la dolorida columna vertebral.

—Ahora volverá el masajista, y quedará usted en condiciones de oírme, sentado junto a la ventana. Ha estado de suerte, Craig.

¿De suerte? Era para hundirle el puño en el queso que tenía por cara aquel condenado Sammy… ¿De suerte?

Craig Henderson se durmió. Le frotaban vigorosamente, y poco a poco, todo el trapo iba siendo retirado. Le latían las venas, la sangre circulaba, la cabeza…

La cabeza le dolía. Eran dos personas las que le estaban trasladando, para sentarle en una sitia. Y percibía en el rostro una bocanada fresca.

Ahora vendrá el señor Mulliner.

La bocanada fresca se debía al balcón abierto ante el cual se elevaba el surtidor de la terraza.

Era bonito el espectáculo de la ciudad gemela de Colón. Muy distinta la americana a la hispano-criolla.

Cristóbal, higiénica, aireada, refrigerada con surtidores a guisa de líquidas cortinillas. «*Bungalows*» edificados sobre pilastras embadurnadas de insecticidas bienolientes, amplios techos verdes, galerías ventiladas, telas metálicas protectoras.

Jardines cuidados, con hibiscus rojos y pimenteros de color rosa pálido, césped mullido. Pistas de tenis, alamedas pulcras donde «nurses» de blanco, con sueldos de pasmo, cuidaban bebés sonrosados y rubios.

Muy distinto, al pintoresco Colón…

Ya era capaz de coordinar perfectamente. Sin ayuda de nadie, alcanzaba el vaso sobre la mesita, a su lado. Bebió calmosamente. No era fiebre, sino retención de sus ansias de saber…

No temblaba de debilidad, sino de rabia fría, obsesionante.

—Bien, bien, bien… Ya vamos a poder charlar un rato.

Sam Mulliner que había arrastrado una mecedora, la hizo crujir bajo su peso, y empezó a mecerse frente a Henderson.

—Hola, Sammy. Me llamo Craig Henderson, fui detective, y estaba volando en un «Skymaster», y hacía muy poco que habíamos dejado atrás Buenaventura. ¿Me oye, Sammy?

—Perfectamente. Habla usted reposada y serenamente, Craig. Esto es bueno. Dentro de tres o cuatro días, ya podrá usted pasear por el jardín.

—¿Con un arito y un chupete?

—¡Vaya! ¡Bien, bien, bien! Ya está en forma.

—Estoy que muerdo, Sammy, pero me contengo. He de ir

readaptándome a la vida normal. Ya empiezo a oírme ahora. Me sonaba como ajena la voz… Este vendaje es perfecto. Le faltan sólo las dos orejas largas y peludas del asno.

—Ni mucho menos, Craig. ¿Iba usted a predecir el accidente?

—Sea mimoso con un convaleciente, Sammy. Vayamos por partes. ¿Qué días llevo ensabanado?

—Exactamente siete, desde que le recogieron unos pescadores de Medelín.

—¿Medelín?

—La región norteña de Colombia. Estaban en el mar, cuando usted cayó al agua.

—¿Y estoy vivo? Cuénteme uno de risa, ahora.

—Se lanzó usted a tiempo en paracaídas. La herida de la frente se la hizo con el golpetazo de la puerta al lanzarse.

—¿Estaba usted a bordo?

—La deducción es sencilla. El testimonio de los supervivientes. El avión se estrelló en la sierra costera de Atrato. Tuvieron tiempo de emplear sus paracaídas, y aterrizaron en tierra…

—Un momento, Sammy. No soy técnico en accidentes de avión.

—Los técnicos han dado un informe documentado. Un defecto de funcionamiento puso la hélice tercera en posición de marcha, atrás. El piloto, creyendo, probablemente, que la fuerte resistencia al avance se debía a la hélice dos, la inmovilizó, suprimiendo así la única fuerza que contrarrestaba la tracción hacia atrás de la hélice tercera, y causando así un viraje que rompió la sujeción del ala izquierda. No pudo recuperar el mando, y tratando de planear, dio el estrellón contra los acantilados de Atrato. Los técnicos de aviación, saben sacar toda la verdad de los desperdigados restos de un avión, Craig.

—No lo dudo. ¿Entre los resto del avión, qué encontraron como pasajeros?

—Identificados sin lugar a dudas los dos pilotos, el radiotelegrafista, y Marcia Scott, o sea, los cuatro tripulantes. El camarero se lanzó en paracaídas, pero se estrelló contra los acantilados. Rasgó en sus prisas el filamento, seguramente cortado por alguna arista del aparato.

—¿Wilder?

—Identificado. Las esposas no le abandonaron. Los demás

pasajeros a salvo. El reverendo Winchester está en el hospital de Colón. Se ha roto una pierna. Los demás, indemnes, aterrizaron sin daño. Fueron recogidos por unos plantadores, y la compañía aérea envió uno de sus autocares a buscarlos.

—Bien. Yo caí al agua.

—Dicen los pescadores que el avión, ya «daba de ala», cuando usted se lanzó. Vieron, al avión perderse sobre el acantilado. Estuvo usted de suerte. Porque si cae a tierra, se hubiera estrellado en los arrecifes. Una zona ancha, de dientes pétreos.

—Por suerte puse el acelerador a tiempo…

—Una corriente de aire le desvió hacia el mar. Se sumergió, pero la tela señalaba su posición. Los pescadores le recogieron, lo atendieron y lo llevaron a tierra. El médico de Antioquía, telefoneó a la compañía aérea. Como yo tenía ya noticias del accidentes la compañía me hizo saber que usted se hallaba en Antioquía. Fui a buscarle, pero no estaba usted en condiciones de ser trasladado. Anteayer pude traerle aquí.

—Los técnicos han determinado el accidente. ¿Usted, qué ha determinado, Sammy?

—Todas las declaraciones coinciden. El reverendo Winchester, los Quimby, Juana Maldonado, Dinah Harding y Marta Karel, se colocaron el paracaídas cuando usted dió la voz de alarma.

—¿Yo?

—Cuando el ala se quebró, usted dió la voz de alarma, Y saltó, siguiéndole los demás. Marcia Scott estaba en la carlinga con los tripulantes. Y puesto que Edgar Wilder ha terminado su fuga, usted ha logrado su propósito, Craig. Lo detuvo, y el estrellón ha evitado trabajo al verdugo.

—¿Qué me pasa en la cabeza?

—Herida incisa, conmoción cerebral, y la inmersión agravó la conmoción, pero ya está usted fuera de todo peligro. Se han interesado por usted Marta Karel y Dinah. Deberá visitarlas en su primera salida.

—No lo dudo. Tengo sueño. Será natural.

—Lo es. Volveré esta noche.

Craig Henderson, que ya llevaba largo tiempo con los párpados cerrados los abrió un poco.

—Todo está, claro, Craig. No se figure abracadabrantes

historietas. Hasta luego. Descanse a fondo, y quedará nuevo.

—Hasta luego, y gracias, Sammy.

A solas, Craig Henderson, ojos cerrados, sostuvo un monólogo silencioso. Hablaba con el que estaba resucitando bajo el vendaje.

«Todo está clarísimo, Craig. No te figures abracadabrantes historietas. Descansa a fondo. Lo dice Sammy Mulliner, un as de la “Interpol”. ¿Quién eres tú, imbécil, para atreverte a llevarle la contraria a un as de la “Interpol”?».

Se frotó las manos. Las notaba muy vivas, muy impacientes.

La cosa, iba bien.

«Tienes una ventaja sobre Sammy. Estabas dentro del avión, Craig. Una ventaja enorme».

Alguien entraba. Bata, blanca, pechera lisa. Médico.

—¿Cómo va, ese ánimo, Sherlock?

—Espléndido, Esculapio. No tengo cigarrillos, y siento hambre.

—Le traerá la enfermera lo necesario. Celebro verle en forma, Henderson.

—Y yo verle a usted, doctor.

Poco después, la bata blanca no era lisa en la pechera. Pero Craig Henderson estaba aún algo resentido contra Eva, Todas se le antojaban «abracadabrantes».

—Gracias —dijo, cuando ella se fué.

Fumaba lentamente, con sibaritismo. Alguien ahora, hacía ruido con platos, tenedor, cuchillo, cuchara, vasos… Una sinfonía agradable.

«Estabas en el avión, y diste un grito. La voz de alarma. ¡Sálvese quien pueda! ¡Mujeres y niños primero! Y te tiraste de cabeza contra la puerta. Francamente lastimoso. Como un búfalo aterrorizado en una estampida. Suerte del viento y los pescadores».

—Pescado, jamón y leche malteada, señor Henderson. ¿Le ayudo?

—Gracias. Tengo que ir haciendo ejercicio.

«Eso es. Tienes que ir haciendo ejercicio, y no saldrás de aquí hasta que no estés dispuesto a felicitar a los supervivientes, aunque estén repartidos por los siete puntos cardinales. Cuatro puntos cardinales. Craig…».

—¿Cuántos puntos de sutura me han dado, Mary?

—Seis, señor Henderson. Veo que sabe mi nombre.

—En el comatoso lecho, algo oía. Atacaré el jamón, Mary. Eso es. Empezaré por el jamón.

CAPÍTULO VI

Colón. A lo largo de las estrechas calles, cuyas casas sombreaban la calzada con sus salientes balcones de maderas caprichosamente talladas, se codeaban todas las representaciones mundiales.

Desde el obligatorio escandinavo, blancuzco pese a ser marinero, hasta el ondulante hindú. Negros, eslavos y australianos.

Caballeros con casco colonial, en turismo nocturno, el chino en andrajos, las mestizas desvestidas en sus vestidos estampados, interpelando a los paseantes en todos los idiomas, con una sola frase.

Ningún vestido, ningún rostro, llamaba la atención en un ambiente donde todo lo exótico es lo habitual.

Un individuo vestido de dril blanco, con esparadrapo surcando en diagonal la frente, era uno más de los centenares que deambulan provisionalmente por la encrucijada de continentes.

Y el «Almirante» era uno más de los centenares de *cabarets* que jalonan los siete mares. Gemelo a tantos otros de Tánger, Suez, La Habana…

La bebida se pagaba a doble precio que en los demás locales de la misma calle.

El público era algo más selecto. En el tablado desfilaban atracciones más escogidas.

Craig Henderson dejó de apoyarse en el bastón. Estaba bien allí. Sentado en aquel rincón, protegido, y refrescado por las pequeñas palmeras artificiales, entre las que había un ventilador.

—Cerveza.

Por las mesas, la concurrencia eterna. La prosaica reiteración de falsos alegres, carcajadas excitadas, sonrisas profesionales.

En el tablado, un atleta estaba demostrando que una mujer

puede ser volteada a ritmo de «fox», sin romperle los huesos.

Aplausos tibios. Era la hora del desfile de atracciones. Los aplausos fueron más calurosos.

Dinah Harding cantaba como una aficionada. Poca voz, pero no reñida con la orquesta.

«En las arenas de Waikiki».

Un éxito. Aquel bikini negro, de raso brillante, acompañaba adecuadamente la ondulación hawaiana, con que la canción ganaba quilates de arte impuro.

Craig Henderson volvió a apoyarse en su bastón. Conocía el camino, y el billete de dólar, le abrió la puerta de un camerino.

Tal camerino era, en realidad, la demostración práctica de resolver el problema de la vivienda. Había baúles con mayor espacio.

Pudo sentarse en un taburete. La puerta, al volver a abrirse, le ventiló.

Las rodillas de Dinah Harding le rozaron. Sonrió Henderson:

—¿Se llamaba Caruso tu papá, nena? Dale un besito a Craig.

Dinah Harding hizo más. Se sentó en las rodillas de Henderson, de lado, apartando el bastón. Se enlazó a su cuello, y besó muy fraternalmente la mejilla del detective.

—Es idiota lo que voy a decirte, Craig —susurró.

Había llanto contenido en su garganta.

—De tus labios sólo puede brotar ambrosía, Dinah.

—No me importa que no te lo creas. Lloré mucho, cuando pensábamos que estabas muerto. No estabas con nosotras.

—Aquello debió ser de miedo. Estoy todavía un poco débil. Dinah. No abuses de mi flojera.

Ella se levantó, riendo a carcajadas.

—Me visto, y charlaremos, ¿eh, Craig? Iremos a donde quieras.

—De acuerdo.

Se levantó Henderson, cerrando la puerta con sus espaldas. Ella, se sentó en el taburete, amenguando el maquillaje, y corrigiendo el empastado de la boca.

Henderson se pasó el pañuelo por la mejilla. Preguntó:

—¿Con quién tocaste tierra, Dinah?

—Fué espantoso. Algo que toda mi vida recordaré. No vuelvo a coger un avión ni por una apuesta. Cuando tú gritaste yo salí despedida contra el fondo. Y tuve suerte de Marta… Nos hemos hecho muy amigas. Yo quedé medio atontada, y gracias a Marta, que me ajustó el cinto con el trasto… No sé quién me convenció, pero llegué hasta la puerta que tú habías abierto… Me empujó Marta, y las dos nos encontramos en el suelo. Bueno, ella, porque yo estaba desmayada de miedo.

—No había para menos. ¿Y los otros, qué?

—El pastor se rompió una pierna. Los Quimby estaban muy arañados, y la sudamericana era la más tranquila con Marta. Los encontramos dos horas después. Desde arriba todo parece pequeño pero tocando tierra… ¡Se alegrará mucho, Marta! ¿O la has visto ya?

—Mi primera visita, recién salido, a ti, encanto. Además, me creí que Marta debía estar en Nueva York. Iba para allá.

—La afectó mucho el accidente. Gracias a ella, estoy viva, Craig. Nos hemos hecho muy amigas. Hemos hablado mucho de ti.

—No lo dudo.

Dinah Harding se cambiaba los zapatos. Menos tacón. Pidió:

—Ajústame los botones, Craig. Son de una lata espantosa.

Henderson fué abrochando los grandes botones hasta el talle. Ella se irguió, y sus cabellos rozaron la nariz del detective.

Dinah Harding se volvió, y rió divertida:

—Te queremos mucho, Marta y yo. Cuando supimos que estabas a salvo, nos entró una alegría espantosa.

Fué ahora Henderson el que rió, sinceramente divertido. Pero sus ojos le daban aspecto de un tártaro afilando el sable del tormento…

—Figúrate yo, nena. La espantosa alegría que me dió cuando empecé a andar.

—No ha sido muy grave…

—Ya sabes lo que son estas cosas. Un choque en la cabeza, y uno funciona sin consciencia de lo que hace. A buena hora, consciente, iba yo a tirarme sin agarrarte a ti. Como en la serie de *Flash* Gordon. Los dos por los aires… La chica y el chico.

—Siempre de buen humor Ya me lo dijo Marta. Me dijo: «Es un guasón muy simpático Craig».

Se echó ella un vistazo de revisión al espejo.

—Estás insuperable, Dinah. ¿No protestará el dueño si te rapto?

—Soy muy libre de salir contigo, ¿no? Además, hay la salida para las estrellas. Y lo soy.

—¿No actúa Marta?

—Prefiere descansar. Tiene ahorros. Podemos ir a verla, si quieres.

—Vamos. Pero ¿la encontraremos, así, sin avisar?

—A ésta, hora, duerme. Sí, se está desquitando con sus ahorros. Bueno, en realidad es dinero tuyo.

—De la agencia. Me ha enviado mi parte.

Habían ya recorrido el pasillo, y ella abrió la puerta de salida posterior. El portero le dedicó un saludo amistoso.

En la estrecha calle olía a fruta, corrompida.

—Es verdad. Te ganaste nueve mil quinientos. Me lo explicó todo Marta. Eres un hombre rico.

—Estoy rico siempre, si tengo la fortuna de sentir contra mi corazón, tu hermoso hombro. Tienes mucha prisa en ver a Marta. ¿Por qué no charlamos un rato a solas, en aquel mismo café? Tranquilo y acogedor. Me gusta su cartel. Te lo traduciré…

El flúor dibujaba en alto, sobre la entrada:

«LA GLORIA».

—El paraíso en la tierra, promete el cartel.

—Hay carteles con guasa —rió ella.

En el café cuatro jugadores de naipes, se increpaban en reproches por parejas. Los perdedores por una sota a destiempo, los ganadores por haber subastado por bajo…

En la herradura del mostrador, varios representantes de la escuadra americana, empezaban a sentirse amorosos.

En un rincón, el camarero señaló una mesita entre dos biombos.

—«Coca-Cola» —pidió ella.

—Lo mismo, sin vaso.

«Esta embustera tiene un pánico cerval. ¿Por qué se quedó esperando mi salida?».

—¿En qué piensas. Craig?

—En ti. Cuando me dijeron que venías a visitarme, y no te

dejaron entrar, me puse rabioso. Estaba que mordía. Era aburridísimo aquello. Casi me parece un sueño, Dinah. Pero estás aquí a mi lado, y todo ya va mejor.

—Sí, Craig. Pero no quiero pelear con Marta.

—¿Por qué vais a pelear, si sois tan amigas?

—Ella te quiere. ¡Oh, no me lo ha dicho! Pero hay cosas que una mujer adivina…

—Eso quisiera yo. Poder adivinar lo que ocultan las frentes femeninas.

—¿Por qué lo dices, Craig?

—Para elegir de vosotras dos, la más sincera. Me gustas un rato largo, Dinah. ¿Qué le pasa a ése? Por lo visto, también le gustas. Es un poco gorilesco, ¿no?

Del mostrador se habían ausentado los marineros bebedores y sus provisionales conquistas.

Pero aquel marinero de largos brazos y redonda cabeza, cuya tez negra brillaba sudorosa, se había acercado a la mesa.

Llevaba en la mano izquierda un vaso con un líquido que parecía jarabe de grosella. En la derecha, asía la «t» de un sifón.

Sonrió grotescamente, diciendo:

—Vamos, a brindar por la fraternidad. Una rubia, un moreno, y un chocolate, hermanos siempre.

Craig Henderson se rascó la barbilla con el mango del bastón. Dinah Harding fué agresiva en su réplica:

—Búscate otros hermanos, chocolate.

El marinero negro dejó su vaso sobre la mesa, y trató de enfocar el chorro de sifón, sin lograrlo. Salpicó.

Y, de pronto, sin que hubiera mediado reto, el negro volteó su sifón.

Conservaba Henderson buenos reflejos. Hizo coincidir exactamente su salto a un lado, con el bastonazo.

El sifón reventó estrepitosamente sobre el borde del respaldo de la silla, donde segundos antes se reclinaba Henderson.

El bastonazo en pleno cráneo, frenó la acometividad del pendenciero negro, que por unos instantes, permaneció inactivo.

Pero su dura cabeza había encajado, y cuando asimiló el golpe, sus largos brazos se tendieron hacia Henderson, el cual, como un esgrimista, empleando el florete a la inversa, dio con la guarda un

seco estoconazo.

El negro deglutió con dificultad varias veces. El mango del bastón le había chocado contra la nuez de Adán…

El volteo del sifón, el bastonazo, el manoteo, y el segundo toque de bastón, fueron acciones que tuvieron su curso en breves segundos.

Cuando llegaban los camareros encargados de disipar los barullos, no tuvieron gran dificultad en expulsar al negro, cuyas manazas se apoyaban en su estómago, donde la puntera del zapato de Henderson había chutado con precisión de delantero centro.

—Hay que ver, hay que ver… —Sólo sabía repetir Dinah Harding, indignada.

—Visto —definió Henderson, sentándose en otra silla—. Un marino con resaca. Debió envidiarme. No ha pasado nada.

Era un suceso muy vulgar, y tras recoger los restos de cristales, el camarero se alejó satisfecho de que el turista no reclamase la presencia de la policía.

Cada noche se daban docenas de situaciones parecidas, aunque resueltas menos rápidamente.

—Manejas el bastón como «Scaramouche» la espada. Craig —dijo ella, maravillada.

—Vámonos antes que vuelva el chocolate, y me tenga que comprar un bastón nuevo.

En la calle, examinó Henderson los contornos. No había rastro del gorila de ébano.

«No se figure historietas abracadabrantes».

No, no debía figurarse absurdos. Era un suceso vulgarísimo. Un marinero bebido…

Pero no dejaba de resultar contradictorio, que un negro incapaz de acertar con el chorro del sifón su vaso, lo estrellara tan matemáticamente.

Le falló, porque él se había esquivado con prontitud y precisión. Un sifón que había astillado el respaldo de la silla, le hubiera dejado la cabeza convertida en masa candidata a la trepanación.

El marinero negro había desaparecido, y tratan ahora de encontrar un negro con aspecto de simio bien cebado entre los componentes de la escuadra yanqui, era como buscar una aguja en un pajar.

CAPÍTULO VII

Marta Karel tenía gusto. Ofrecía el mayor contraste con la chillona vulgaridad de Dinah Harding. Una vulgaridad que por serlo tan expresiva, parecía, forzada, rebuscada.

Su actual habitación de un hotel tranquilo, tenía sello personal. Flores, libros, marcos con fotografías…

Avanzó al encuentro de Henderson tendiendo la diestra.

—Me alegra verle ya en buena forma, Henderson. Le habrá dicho Dinah, que estuvimos muy preocupadas por usted.

—No lo dudo. Me sentaré unos instantes. Celebro que no siguiera viaje a Nueva York.

—Lo retrasé. Además, supuse que a lo mejor quería usted hacerme algunas preguntas.

—Pocas. He leído ya los informes y declaraciones. Todo parece coincidir. Es lógico que yo, por mi profesión, sea siempre receloso. Pero si seis testigos afirman que yo grité, dando la voz de alarma, y ha quedado atestiguado que el cadáver de Wilder ya no podrá estrangular a nadie, puedo, pues, regresar a Nueva York, tranquilamente. La agencia me reclama constantemente. Soy un hombre importante para ellos.

—Lo es usted —sonrió Marta Karel—. ¿Cuándo se va?

—Posiblemente, mañana mismo.

—¿En qué barco?

—En avión.

—Pero ¿es posible…? —exclamó Dinah Harding—. Yo no volveré, en toda mi vida…

—Hay que recuperar la confianza en sí mismo. ¿Cuándo tendré el placer de verla por Nueva York. Marta?

—Hemos pensado ir Dinah y yo, a fin de semana, en el

«Cormorán». ¿Por qué no viene con nosotras?

—El deber me reclama. Gracias por sus atenciones. Ya nos volveremos a ver. No se molesten. Me gusta pasear al claro de luna.

Cuando las dos desde el balcón vieron alejarse al hombre que se apoyaba en su bastón-estoque, susurró Dinah Harding:

—¿Crees que sospecha algo, Marta?

—Lo olvidará. Lo atribuirá a su recelo profesional. El golpe que recibió le impidió darse cuenta de nada. Nosotras ya hemos cumplido, Dinah.

* * *

Aquella noche durmió Henderson profunda y, quietamente. Se despertó contento. Llevaba una investigación latente, que esperaría a ser resuelta.

Una investigación particular, casi una revancha. Era evidente que le tomarían por loco, si expusiera sus sospechas.

Le dirían que todos los cuerpos habían sido identificados. Que seis honorables pasajeros no se pondrían de acuerdo para simular un accidente.

¿Y además no estaba identificado Edgar Wilder, esposado?…

Su avión rumbo a Nueva, York, partía a las doce. Se despidió de Sam Mulliner, y fué a la clínica británica.

Encontró al reverendo Thomas Winchester leyendo: «El candor del padre Brown».

Se le veía contento de estar con vida, pese a su pierna enyesada y suspendida.

Hechos los intercambios de informes acerca de su mutua salud, el reverendo Winchester no esperó a ser preguntado.

—Usted recordará tal vez que, poco antes de la rotura del ala, yo pasé en dirección a los lavabos. Pedí una limonada, y fué entonces cuando entró corriendo el señor Alvin Quimby. Me traía el paracaídas. El avión bandeaba. Era el pánico contagioso. Confieso, avergonzado, que fui empujado no sé por quién, y lo necesitaba, porque a sangre fría no me hubiese arrojado al abismo. Estuve inconsciente, y recobré el conocimiento en la ambulancia, que me transportaba. Cuando no se tenían aún noticias de usted, recé para que estuviera sano y salvo.

—Gracias, reverendo.

—Usted y yo a nuestro modo, tenemos el mismo ministerio. Yo trato de encarrilar los pasos del hombre hacia el bien, y usted actúa en castigo del rebelde a la sociedad.

Camino del aeropuerto, Henderson no lograba encajar en el cañamazo de sus suposiciones al reverendo Winchester: todo parecía sincero en él.

Pero ¿no parecía también la imagen de la verdad Marta Karel? Dinah Harding era menos buena actriz.

Tenía la dirección de Juana Maldonado, y la de los Quimby, en Guayaquil y Quito. No los encontraría ya en Miami.

Pensaba en las manos musculosas del sobrino Quimby, cuya cara estaba constantemente cubierta con un pañuelo.

«Se ponía a la muerte en avión».

Craig Henderson se instaló en su butaca. La azafata sonrió, inclinándose para decirte:

—Nos congratula verle, señor Henderson. Tiene usted plena confianza en que un accidente no se repite tan de inmediato.

—Seguro que no, Mary.

—Me llamo Sheila.

—Le va bien el nombre. Si ronco me despierta, Sheila. Tengo que acumular sueño.

Pero el zumbido del avión acompasaba sus mentales elucubraciones. Los dólares podían haber comprado a Dinah Harding y a Marta Karel.

¿También a los Quimby? ¿Y a Juana Maldonado?

Los técnicos en investigar accidentes, tenían casi una infalibilidad acreditada.

Sacó Henderson un block. Quería «situar» el pasaje.

Fué dibujando someramente, la distribución de pasajeros. Dos pilotos, un radiotelegrafista, una *stewardess*, un camarero y ocho pasajeros.

Cinco muertos, los tripulantes. Un calcinado con las esposas. Edgar Wilder…

Los socorros llegaron apenas se incendió el avión. Un avión donde sólo había visibles trece personas. Bien, no visibles, los dos pilotos… y el Quimby con el rostro cubierto.

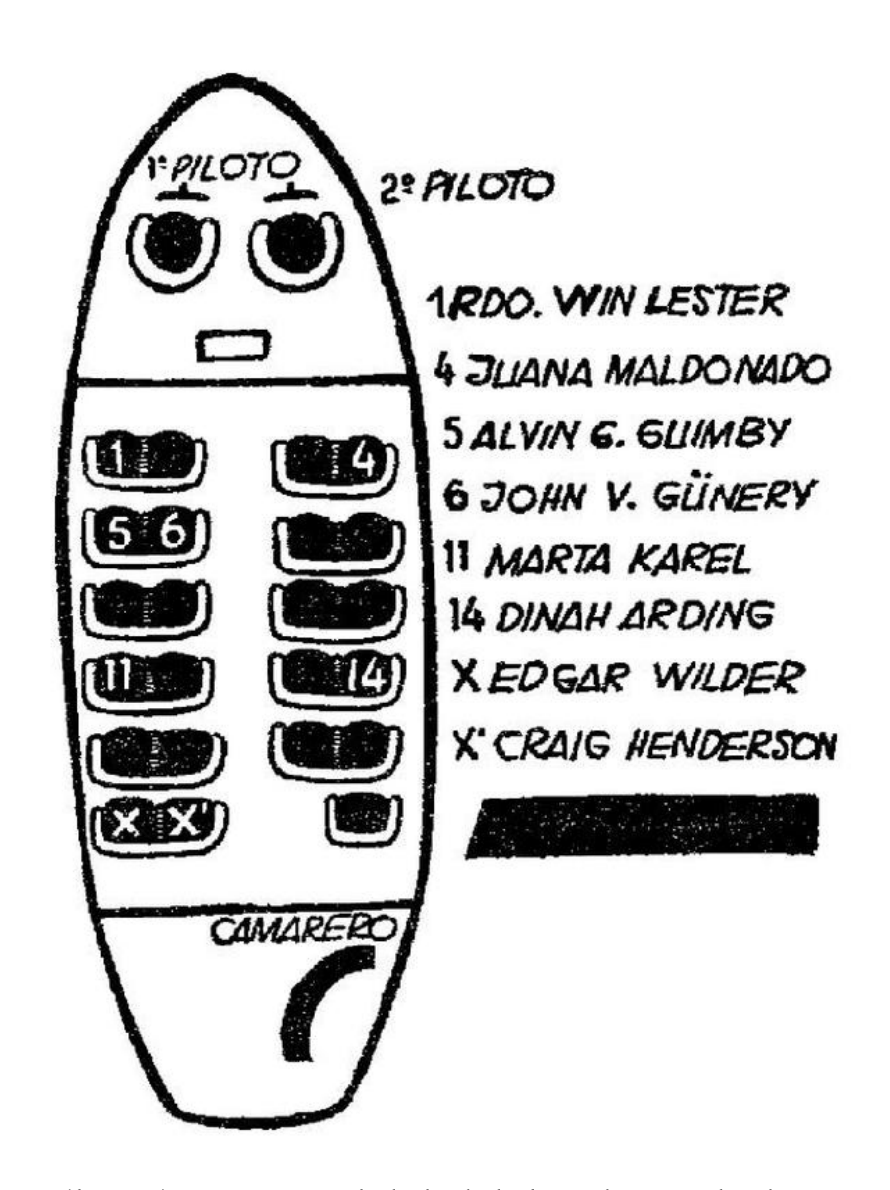
Lógicamente, era «abracadabrante» persistir en sospechar.

El reverendo y Dinah estaban en el bar. Frente a él, tenía a Marta Karel.

Recibió el golpe en la frente. Pudo ser la sacudida lo que le proyectó hacia arriba, chocando contra algún resalte metálico. Luego se impuso el instinto de conservación.

Recordó aquel minero de Oklahoma. Un caso increíble, que los periódicos habían aireado con todo detalle.

Estaba el minero en una galería que se derrumbó. Un pico se le clavó en el cráneo, atravesándole hasta sobresalir por su barbilla. El minero anduvo por su pie hasta el exterior, apartó a los que horrorizados querían ayudarle, y fué hasta el hangar donde en un armario estaban las cajas botiquín.



Sólo cayó muerto, cuando hubo bebido un largo sorbo de coñac.

Sí, en efecto, el deseo de vivir, hasta en el que más renegaba de la existencia, era imperioso.

Prefirió pensar en el astuto Kempton, el dueño de la agencia. Realmente debía ser interesante el caso que le esperaba, cuando Kempton se había gastado una triple tasa de urgente en dos cablegramas idénticos, remitidos a un intervalo de veinticuatro

horas:

> «Urgente tu presencia. Caso magnífico. Gran prima».

¿Gran prima? La ofreció también un pariente de Wilder. Una millonada. ¿Escandalizada y deseando cooperar al castigo del culpable? No la conocía. Ella sólo había tratado con Kempton.

Algo se infiltró en su mente. Recordaba un comentario de Kempton, al que entonces no prestó mucha atención.

«Una rubia despampanante. De esas que provocan con sólo batir las pestañas…».

Un estilo de Dinah Harding… Se durmió. Todo le conducía a deducciones «abracadabrantes».

Y, desgraciadamente, todo era «abracadabrante» en su profesión. Ningún ser plácidamente normal, acudía a la «Agencia Kempton».

Capítulo VIII

Silas Kempton hubiera podido posar para un cuadro que quisiera representar el cuákero severo, ascético y fanático. Había que conocerle muy íntimamente, para saber que eso sólo era apariencia.

Era un hombre astuto, escéptico, y aferrado a un solo fin: llegar a la cifra de ganancias que se había fijado, para retirarse a un pueblo costero, donde poder dedicarse ampliamente a sus dos deportes favoritos: la pesca y el chismorreo.

—¿Qué tal qué tal, gran hombre? Bien, estás bien. Te lucen los ojos como los del gato montés. Me tuviste intranquilo. Pero no importa, lo conseguiste. Recibí de Mulliner la copia de todas las declaraciones, y queda archivado el asunto. Echa un vistazo ahora…

—Déjame respirar, ¿no?

—Respiremos. ¿Te duele mucho la brechita?

—Ya no. A título de curiosidad, quisiera una copia de todo lo referente al caso Wilder.

—Pídesela a Molly. Pero debes ahora olvidar lo de Wilder, para concentrarte de pleno sobre
Sing-Sing.

—¿Eh?

—Ha sido el teniente Trevor el que me lo sugirió. Te reconoce dos grandes cualidades: listeza excepcional, y físico. Dice que tu fisonomía es la apropiada para no despertar sospechas en los peor encarados de
Sing-Sing.

—¿Embucharme?

—Triunfaste en Pittsburgh, cuando te hiciste el alma del plante. Y así lograste meter en cintura al reservón de Butch. Un gran

triunfo. Me lo recordó el teniente Trevor. Se trata de que te «embuchen» en la biblioteca de
Sing-Sing.
Hay un francés, un tal Lambert, apodado «Panam», que es en argot el nombre con que se conoce a París. Un parisino inteligente. Por falta de pruebas le han condenado sólo a cinco años. Es seguro que traficaba en blancas, y de ahí su condena, pero el teniente Trevor, está seguro que si podía «embucharte» junto a Lambert y se os facilitara la fuga, Lambert te llevaría a la madre del cordero.

—¿Cuál es el cordero?

—Trevor está obsesionado, contra todos. Asegura que Lambert es una pieza del engranaje sudamericano en el tráfico de drogas. Tú eres un experto, y Lambert te cogerá confianza, si te lo propones.

—¿Dónde está la gran prima?

—La ofrece Marcus Sullivan. Parte de la droga confiscada, viajaba en sus barcos, y él quiere demostrar su completa inocencia. Acudió a Trevor diciéndole que si podía demostrarse que Lambert colocó la droga en sus barcos, a plena ignorancia suya, pagaría lo que fuese. Vino a verme Trevor en compañía de Sullivan.

—¿No estuvo Wilder en la biblioteca de Sing, mientras esperaba a ser juzgado?

—Sí. Pero olvídalo. Concéntrate sobre Lambert.

—Me concentraré. ¿Quién pagó por el caso Wilder?

—Su prima. Consta en el expediente. Yo soy meticuloso. Te he preparado ya todo lo referente a Lambert. Es un hueso con mucho tuétano. ¿Sabes cuánto he conseguido para ti, si aciertas?

—La centésima parte de lo que pediste para ti.

—¡Siempre de buen humor, cara de verdugo! Vamos a medias, palabra.

—Yo los golpes, y tú el dinero. Da igual. Me gusta. Soy así. Que me prepare Molly la copia del asunto Wilder, y me llevaré para estudio el caso Lambert.

* * *

«Diana Paddington, hija única de Paddington, de

> los “ferryboats” del Norte, se presenta a las ocho cuarenta, previa cita. Ofrece sufragar los gastos y veinte mil de prima, si contribuimos a la captura de su primo Edgar Wilder. Era íntima amiga de Lilian O’Mooera,
> La novia estrangulada. Transpira odio hacia Wilder. Abona cinco mil anticipados. Será informada al día».

Ésta era la nota referente a la que pagó el viaje de Craig Henderson.

La «informaban» al día de los desplazamientos del detective. ¿Diana Paddington? ¿Dinah Harding? Había rebuscada vulgaridad en Dinah Harding.

Craig Henderson dió al taxi la dirección de una de las tres residencias de los Paddington. Eliminó la particular del financiero, y la veraniega del continente, cercana a Albany.

Un mayordomo señorialmente a tono con la mansión del Riverside, acompañó a Henderson a un salón.

—Con el permiso del señor, comprobaré sí la señorita está en casa.

Si la señorita estaba en casa, no podía ser Dinah Harding… Y la mujer que entró en el salón no tenía nada de la llamativa exuberancia de la cantante en «bikini» de raso negro.

—¿Para qué desea ver a la señorita Paddington?

La pregunta era esperanzadora. Entre los dedos de la recién llegada, la tarjeta de la Agencia Kempton, crujía…

—Darle mi informe personal sobre un asunto de suma importancia para ella.

—Soy su secretaria. La señorita está ausente.

—¿Sabe cuándo regresará? ¿Puedo volver esta tarde?

—La señorita marchó a Europa en el «Conte Rosso», hace un mes. No creo que regrese antes de fin de mes.

—Volveré, pues, a fin de mes, y perdone.

—De nada, señor Henderson.

En el taxi. Henderson dió la dirección de la Hemeroteca Municipal.

Pidió en ella, el volumen correspondiente al año anterior, de una

revista de ecos sociales, ilustrada con hermosas fotos.

Era una labor pesada, recorrer los índices, en busca del apellido Paddington.

En efecto, Diana Paddington era rubia y con gran dosis de «*sexy*». Tal vez vestida con procacidad, y maquillada exageradamente, podía convertirse en la cantante en «bikini».

Pero ¿con qué finalidad? Sólo había un recurso de comprobar si Dinah Harding tenía algo que ver con la hija única del millonario Paddington.

Esperar a que regresara de su «viaje a Europa».

Ahora tenía que concentrarse sobre Lambert, un tipo interesante, que conocía Sudamérica como su propio bolsillo.

* * *

El teniente Trevor palmeó el hombro de Henderson.

—Usted es el más apto. Craig.

—Mi físico hará el resto.

—El bibliotecario de pareja en la sala sexta con Lambert, pasará a enfermería. Le darán esta misma noche en su cena, un febrífugo. Está todo preparado. Va usted con todos los honores. Le preparan ya el terreno.

* * *

El alcaide indicó a los dos celadores que habían acompañado al recluso 8866 que abandonara el despacho.

Félix Lambert, poseedor del título de licenciado en Filosofía y Letras, obtenido a los veinte años, había acumulado mucha filosofía práctica en otros veinte años de no ejercer su legítima profesión.

Delgado, de suaves modales era considerado un «bicho» para los representantes de la Ley en varios países sudamericanos. Un «as» para el hampa.

El alcaide habló severamente:

—Tiene cuatro años por delante que cumplir, Lambert. Yo puedo conseguirle una reducción de la mitad, o tal vez el indulto.

—Una oferta tentadora, señor. Pero ya no creo en papá Noel.

—Tenemos la sospecha de que un recluso cuenta con ayuda exterior, y se dispone a fugarse. Gánese, su confianza. Puesto que su compañero de la sala sexta se ha puesto enfermo, podríamos colocar en su sitio al recluso 9153. Usted tiene capacidad suficiente para ganarse la confianza del recluso 9153.

—Puede intentarse.

—También podría usted intentar la fuga con el 9153. No se lo aconsejo.

—Si usted me ofrece el indulto, ¿a qué correr riesgos?

—Le hemos elegido, porque también el 9153 es hombre con un pasado decente. Pueden congeniar.

—Puede intentarse, señor. En definitiva, mi tarea consiste en ganarme la confianza del 9153 y fingir que, llegado el caso, me fugaría con él. Y llegado el caso… contárselo a usted.

—Eso es. No le prometo el indulto, pero sí la reducción a la mitad, y el beneficio de la condicional.

* * *

El silencio era religioso. Los bibliotecarios recibían las notas escritas por el celador de galería, buscaban los libros solicitados, inscribían los números de los remitentes, y al mediodía efectuaban la primera entrega.

En cada una de las seis salas, había dos presidiarios. Tenían celda aparte y derecho a disponer de seis a siete de pupitre, papel y pluma, y de cuantos libros quisieran.

Durante el día, el recluso 9153 realizó su tarea, muy disciplinadamente. A las doce y media, en su celda, instaló los tres platos de su comida en la madera con bisagras y cadenilla que servía de mesa.

Comía en silencio.

Delante de él, empleando también como asiento el camastro, Félix Lambert comió delicadamente y en silencio su rancho.

Al terminar fregoteó los platos de aluminio y el cubierto de madera. Antes de tenderse, presentó su paquete de cigarrillos.

Craig Henderson denegó con la cabeza. No insistió Lambert.

Ambos durmieron la contra siesta, reanudando su tarea bibliotecaria de tres a seis. A las seis Lambert se instaló en su

pupitre, dedicándose a dibujar un mapa, consultando un «Stieler».

A las siete y cinco, la cena silenciosa. A las siete y treinta, boca arriba en su camastro, Lambert hojeó las páginas de un grueso volumen.

En la otra litera. Craig Henderson dobló su uniforme. Extrajo del petate un estuche de aseo, donde estaba vacío el compartimiento de utillaje para uñas y afeitado.

Se enjabonó, se lavó los dientes, y pasándose el cepillo por los cabellos, habló por primera vez:

—Los hay muy charlatanes, ocho mil ochocientos sesenta y seis.

—Los hay, nueve mil ciento cincuenta y tres.

—Hendrick Craighton, ocho mil ochocientos sesenta y seis.

—Félix Lambert, Craighton.

—Ocho tacos de calendario por supuesta complicidad en el atraco de la joyería Loewin.

—Cinco tacos por supuesto vendedor de carne de *cabaret.*

—Hasta mañana, Lambert.

—Felices sueños, Craighton.

Siguió leyendo Lambert: «Fauna y flora de Bolivia».

Craig Henderson durmió beatíficamente. A la otra noche, aceptó el cigarrillo de Lambert.

—Me detuvieron en Lorie Island —manifestó el francés—. Viajaban conmigo dos nenas. Rumbo a Caracas. No quisieron aceptar mi teoría de que un agente artístico, es muy libre de no pagar contribución, puesto que a ellas no las contraté como artistas, sino como empleadas taquimecanógrafas de minas.

—No conozco ese negocio.

—Es sencillo. Hay chicas bonitas que se queman las pestañas en oficinas, si ganan treinta, les ofrezco sesenta, y viajar, ver mundo. Hay que elegirlas sin familia. Guapas. Llegan allá, y si se presentasen al consulado armarían gresca. Pero el contrato es para el interior. Al principio, protestan. Luego, se acostumbran. Un negocio más sencillo que atracar.

—Tan sencillo, que te han cascado cinco tacos.

—La ley norteamericana tiene muchos trucos. Aceptaron la tesis de que un agente artístico es libre de contratar para minas. Pero hablaron de contribuciones, de ilegalidad en el contrato, de antecedentes, de concomitancias con drogas viajando en barcos,

donde yo estuve… Un cúmulo de coincidencias. En Francia, me hubieran absuelto. Allí se necesitan pruebas sólidas, y el código no tiene tantas variaciones sobre un mismo tema.

—Haberte quedado en Francia.

—Tienes razón. Pago mi billete, y te invito a merendar. Vamos a coger el barco, ¿quieres?

—No sale hasta dentro de cinco para ti. Son muy duros aquí para los traficantes en blancas. No tendrás condicional.

—Ya sé que prefieren un atracador a un hombre que como yo, les ofrece a tontas la posibilidad de hacerse ricas. No tienes tú la cara del que se conforma con ocho tacos.

—Ni tú eres un chivato.

—Hay virtudes que saltan a la vista, Craighton.

—Hablaste antes de pagar tu billete.

Félix Lambert avanzó el busto. Susurró:

—De tres a tres y cuarto, no hay ronda. Te hablaré. Me encargo de despertarte.

—Buenas noches.

Dormía Craig Henderson cuando le cogieron del hombro. La voz del francés, en su pintoresco dominio del inglés, fue susurrando:

—El alcaide me ha prometido la condicional, si averiguo qué medios tienes para fugarte. Te vigilan. Vete con tiento. Cuenta conmigo. Tengo muchos recursos en sitios excelentes. En Panamá, en Colombia, en Ecuador y en Uruguay.

Sin abrir los ojos, murmuró Henderson:

—Va bien, Lambert. Ahora, a dormir.

A la tercera noche, los dos reclusos parecían dedicados de lleno a escribir. Les estaba permitido.

Cuando no pasaba el guardián de ronda uno de ellos le pasaba al otro, lo que acababa de escribir.

Inició Henderson el sistema de asentar negociaciones:

> «Lo que sirve para mi menda, puede servir para un compadre con recursos. Que se pudra esta tierra, pero no quiero pudrirme en otra. ¿Qué ofreces?».
>
> «Estás fichado, y si no dispones de medio seguro, hocicarás».

«La hermana del guardián del rastrillo octavo, lo está ganando. Lo sabré pronto. Salida asegurada hasta el garaje, propuse. Me cuesta tres mil, dados ya a la chica. Otros tres mil en la casita».

»Parece bueno. ¿Qué casita? —Escribió Lambert.

»Donde me esconderá la hermana del que nos llevaría hasta el garaje. El tipo está dispuesto a recibir el golpe en la cabeza y mantenerse firme en los interrogatorios. Son seis mil.

»Irán en busca de la hermana.

»Ella me adora. No fallará. Me la camelé hace tiempo por si las moscas.

»En el garaje ¿qué? —inquirió el francés.

»El lechero. En las tinajas vacías que sacan a las ocho. Por el camino despedida a la francesa. El tipo no dará la alarma hasta media hora después. Está sólo de turno en la galería octava que da paso al garaje.

»Parece infalible. Mañana me llamará el alcaide.

»Dile que soy duro de pelar.

»Somos».

La hoja que se iban pasando de uno a otro, sirvió, convertida en llamas, para encender dos cigarrillos.

Félix Lambert exhaló una bocanada con deleite… Formó en el aire tres aros, contrayendo hábilmente la garganta.

A través de los tres aros de humo, Henderson proyectó un rectilíneo trazo.

—Firma y rúbrica. Punto final.

—Has hecho un gran negocio, Craighton. Lo verás.

—No lo dudo. Mañana será otro día.

Al día siguiente, el alcaide miró interrogante a Lambert:

—¿Ha averiguado algo?

—Es duro de pelar el nueve mil ciento cincuenta y tres. No le escribe a nadie, no mantiene contacto con el exterior, y apenas habla.

—En cuatro días no va usted a ganarse la confianza de

Craighton. Usted conoce mejor que yo la mentalidad de hombres como el citado.

—Seguro. Usted los tiene encerrados pero yo los traté libremente, señor. Hay un matiz diferencial.

—En este matiz confío.

Por la noche, Henderson colocó sobre la mesita empotrada, un tablero de ajedrez. Dijo:

—Cíñete los calzones Lambert. Va a empezar la partida. Firmé recibo por el tablero y las piezas. No las estropees.

Tendió las dos manos cerradas, y tocó Lambert la izquierda, pero en vez de darle el peón de salida, por ser blanco, tendió Henderson la pieza de su diestra.

Una torre.

Fueron alineando las piezas.

—A las ocho menos diez, saliendo de los lavabos, Fel.

—Muevo alfil.

—Pegado como una lapa a mis tacones. Galería sexta, séptima, y octava. Tres minutos algo sudorosos. Diríamos que equivocamos… ¡Jaque a la reina! Soy leal, ¿eh?

Pasó el celador.

Félix Lambert se remojó los labios a chupetones.

—Han pasado los tres sudorosos minutos…

—El tipo tiene la cancela abierta y pies volando al garaje. Le daré yo el golpe, cuando ya estemos tocando las tinajas. Este cambio de programa estaba dentro del tablero. Lo llevaremos con nosotros, amarrado, y así con golpe y amarras, quedará el tipo más a cubierto.

—¡Jaque al rey! —anunció Lambert, moviendo un peón tres casillas hacia un caballo.

—Estás fuerte, compadre.

Se alejó el guardián.

—El recorrido del lechero es recto hasta la granja de suministro donde deja las vacías, para recoger las llenas. Apearse será un poco sudoroso, pero tendré la pistola del tipo, aunque es preferible no emplearla inútilmente. Hace mucho ruido.

—Estoy contigo. Una partida estupenda, Craighton.

—No lo dudo.

Félix Lambert se pasó la noche, recorriendo imaginativamente al

salir de los lavabos generales, las galerías. Sudaba…

Pero adquiría valor, pensando que un hombre como Craighton era el mejor guía.

Y al día siguiente, desde las siete y media hasta las ocho menos dos minutos, en que consiguió introducirse en una tinaja. Félix Lambert sudó a mares.

No era clásicamente el hombre de acción. En cambio, sí lo era el recluso nueve mil ciento cincuenta y tres. Parecía como si todo lo tuviera preparado con precisión de maquinaria suiza.

El traqueteo de la furgoneta recorriendo el desierto camino hacia la granja suministradora, era ensordecedor allí dentro.

Félix Lambert corrió como un gamo a través de un prado, lanzado como una exhalación tras el que, pistola en mano, sin haberla empleado, saltó pronto al declive del terreno, donde aguardaba un coche desvencijado, pero de buen motor, a cuyo volante estaba una muchacha.

Molly, podía ser buena taquimecanógrafa, en la «Agencia Kempton». Era también una excelente actriz, y lo iba a demostrar.

—¡A fondo, Molly! ¡A la casita! Todo como una seda. ¡Pisa a fondo!

CAPÍTULO IX

Los hombres que trabajaban en las canteras, distantes unas doce millas al norte de
Sing-Sing,
abandonaron el trabajo para diseminarse en grupos hacia las cantinas.

Algunos preferían comer al aire libre. Dos de ellos, eligieron para efectuar su almuerzo, un paraje sombreado. Desde allí divisaban la anchurosa extensión, de quebradas naturales y grietas producidas por barrenos.

Uno de ellos, masticando su emparedado de lechuga y salmón, dijo:

—Allí hay un hombre durmiendo la siesta.

—¿Dónde?

—Al margen del surco norte, en el tajo sexto. Entre los barriles. ¿No le ves las piernas?

—Pues es verdad. No es del equipo. Lleva zapatos.

—Ahora presumes de vista. Un sitio raro para dormir, ¿no?

—Y tanto.

Siguieron almorzando. Cuando uno de ellos lavó el termos, y volvió a ordenar la caja de comidas, propuso:

—Será mejor que nos demos una vuelta hasta allá. Los accidentes pasan así. ¿Vamos?

—Vamos.

Cuando llegaron al sombreado paraje junto a los barriles, uno de ellos alzó la voz:

—¡Eh, ciudadano! Mejor que se despierte, y vaya a…

—¡Tú! ¡No duerme! Está atado como una morcilla, y con cable de barrenero… ¡Llama al capataz! ¡Es uno de los

«Sing-Sing»!

El médico de las canteras hizo un documentado informe.

Profesionalmente, decretaba que el desconocido, al ser hallado a las doce y media, estaba bajo los efectos combinados de una insolación y «*shock*» traumático.

La conmoción era debida a dos golpes propinados con un instrumento romo, que produjo la fractura del pómulo izquierdo, y una contusión en la mandíbula del mismo lado.

Había sido vaciado de cuanto contenían sus bolsillos. Los primeros investigadores, enviados a la cantera, encontraron las huellas de un coche, que se había internado por aquellos difíciles senderos.

El indocumentado, que vestía uniforme de presidiario, fué trasladado en ambulancia a
Sing-Sing.

Craig Henderson no pudo dar la versión de lo ocurrido, porque permanecía inconsciente.

Todos los esfuerzos para encontrar a Félix Lambert fracasaron. Dos días después, cuando aun Henderson, mejorando, continuaba inconsciente, fué hallada Molly Johnson.

La encontró un leñador al norte del Maine, cerca de la frontera canadiense. Estaba amordazada y atada. Al principio, el leñador que la divisó entre unos matorrales, la creyó víctima de un robo, porque Molly Johnson, al verse libre de la mordaza, gimió:

—Mi bolso, mis joyas…

Y después, con voz aun más apagada, susurró:

—¡Bruto infame! Tengo sed…

Pudo beber a su gusto, pero, contenida en su voracidad por el médico.

Dijo que sólo declararía ante el teniente Trevor y Silas Kempton.

Su versión de los hechos corroboró las primeras sospechas del teniente Trevor y de Kempton.

Dos días antes, en el coche, Félix Lambert, que daba la impresión de un fugitivo inquieto, mirando constantemente por la mirilla de mica por si eran seguidos, fué aquietándose.

Le explicó Henderson que podrían mudarse el traje de presidiario, cuando llegasen cerca de unas canteras. Molly había traído ropa suficiente para ellos dos.

Molly detuvo el coche, y fué entonces cuando Lambert agredió en forma inesperada y original a Henderson.

Lanzó una piedra con tino. Una sola, que fracturó el pómulo izquierdo y contusionó la mandíbula, privando de sentido al que alcanzado con certera contundencia, se desplomó de espaldas.

Lambert fué poco galante. Se abalanzó hacia la que del bolso extraía una pistola, y pudo arrebañarla a tiempo, a la vez que colocaba un alevoso rodillazo de hampón parisino.

Cuando Molly Johnson recuperó el sentido, viajaba en coche, en postura que desde fuera podía parecer normal.

Tenía las muñecas atadas entre las rodillas y al volante, a su lado, explicó Lambert, vestido con la ropa traída por ella:

—No he matado al chico porque, en realidad, gracias a él, respiro al aire libre. Pero te mataré si te pones tonta. Cuando lleguemos cerca de la frontera, te abandonaré sin más daño. Yo no soy un ingrato. Procura no llamar la atención. Así parecemos una pareja de granjeros honestos. Eres joven y querrás vivir, ¿no?

Molly Johnson explicó que ella quería vivir, y estuvo durante todo el viaje, convencida de que si no obedecía, sólo conseguiría morir, porque aquel «infame bruto» era indudablemente capaz de matarla.

Por las escarpadas carreteras montañosas del norte del Maine, hacía mucho fresco, a la media tarde, cuando Lambert detuvo el coche. No quitó las ligaduras a Molly Johnson, que tuvo que andar inclinada, con gran temor de despeñarse, hasta que él la derribó, amordazándola, y atando el remate del cable que unía sus rodillas y manos a un tronco de abedul.

Félix Lambert la despojó de sus pendientes, anillo reloj y brazalete. Mientras efectuaba la operación, se dignó explicar:

—Me olí la trampa, por casualidad. ¿Sabes cuándo? Cuando vi que la ropa y los zapatos que trajiste eran de mis medidas. Un guardián en combinación con Craighton, no iba a ser tan escrupuloso, como para elegirme ropa y zapatos a medida. Y, además, nunca me gustó Craighton o como se llame. Aun si hubiera sido un verdadero presidiario: yo hubiese hecho lo mismo más tarde. Era un tipo difícil. Le darás recuerdos de mi parte, si un oso o un lobo no te comen. Adiós.

Los recuerdos de Lambert se los dieron a Henderson, al tercer

día de la fuga preparada en todos sus detalles, salvo en la agresión de Lambert.

El teniente Trevor fue incisivo:

—No es reproche, Henderson, pero está usted en baja forma, desde su accidente de avión. Y en este asunto pago yo las consecuencias. Me va a costar la carrera, si antes de un mes no regresa Lambert a
Sing-Sing.

Silas Kempton fué menos sincero. Habló con evasivas:

—Debí comprender que tu accidente requería convalecencia. Tu cabeza, no está hecha de granito.

Craig Henderson volvió a palparse el vendaje. Percibía latidos a intermitencias regulares, con agudos alfilerazos, y repentinas pérdidas completas de memoria.

El médico le advirtió que esto era normal, hasta que desapareciera por completo el efecto del «*shock*».

—No está hecha de granito, en efecto. Y sea lo que sea, tiene razón Trevor. Estoy en baja forma. Bórrame de la nómina, Kempton.

—¡Hombre, por Dios! No seas impulsivo… Eso pasará.

—Me borras de nómina un par de meses. Estoy decidido a tomarme un largo reposo, para recuperar facultades. Me iré a la montaña, a reponerme física y moralmente. Son dos fracasos seguidos…

—Uno solo, Craig.

—Dos. Lo dicho, Kempton. Durante dos meses, no me verás el pelo.

—¿Vas a ir en busca de Lambert por tu cuenta?

—No. Estoy harto de todo esto. Quiero estar a solas, y sin más investigaciones.

Silas Kempton anunció en su agencia, que Craig Henderson era ya un «hombre acabado». Lo razonó: el orgullo profesional de Henderson estaba herido, pero era, sobre todo, su resistencia física la que estaba malparada.

Los dos accidentes seguidos, le habían «embrutecido», opinó. Se extendió en una comparación con otro detective de las características de Henderson, que después de recibir una paliza demoledora, perdió todo valor, llegando a convertirse en un

maleante.

Días después, Craig Henderson abandonaba la clínica, para instalarse en un parador montañés del Maine. El personal del parador le tenía recelo.

Su pómulo izquierdo hundido, la cicatriz de su frente, los ojos sesgados, y la taciturnidad del convaleciente, inspiraban la idea de que el solitario neoyorkino era un criminal planeando su próximo delito.

* * *

«*Madame*» era una institución en el poblado panameño de Salinas. A mitad del istmo, Salinas, con sus casas montadas sobre pilastras, para evitar la humedad y los reptiles, era aldea muy frecuentada por los funcionarios del Canal.

«*Madame*», una parisina que cada mediodía al despertarse retocaba con agua oxigenada las raíces de sus cabellos que blanqueaban, tenía un monopolio.

Regentaba el único *cabaret* legalizado en Salinas. Era todo sonrisas para los clientes, y poseía la dureza fría de un diamante para su empleadas.

Cuando una tarde, poco antes de abrirse el local al público muy mezclado que lo frecuentaba, una mestiza le anunció que un individuo acababa de derribar al suelo, de un rodillazo, a la marimacho que actuaba de portera. «*Madame*» suspiró emocionada.

—Es Félix.

Despidió a la mestiza, para mirarse al espejo, que reflejó el cuello adiposo, y el busto que antes fuera de calidad, ahora desbordante de cantidad.

Félix Lambert entró, y dando un golpe con el pulgar a su jipijapa, hizo su comentario:

—En lo sucesivo, debes advertir a tus guardianes que «Bibi» es el amo por donde va. Un hombre de los de verdad, que acaba de salir por sus propios medios de
Sing-Sing,
y un saco de sebo negro, como tu guardiana, queriendo impedirme entrar. ¡Es increíble!

Dio Lambert su versión, mintiendo sólo al pretender que desde

un principio se «había olido la quema». No citó la piedra empleada alevosamente, sino una pelea «por reaños». Era cuestión de aumentar su crédito de «caid», el hombre nacido para ser jefe en el hampa.

Hablaron de negocios, y Lambert partió días después en busca de «material» hacia aldeas, donde la policía internacional no acudía.

Le extrañó que dos individuos norteamericanos, a los que no conocía, y que tenían negocios en Guayaquil y Quito, manifestaran sumo interés por entrevistarse con él.

Inquirió, y supo que Alvin G. Quimby y su sobrino John Vincent eran dos personajes importantes, sólidamente reputados comercial y moralmente.

Le recibió Alvin Georges Quimby, y en las condiciones fijadas por Lambert. En un poblado ecuatorial, cercano a la frontera venezolana.

Lo calibró Lambert mentalmente, como el prototipo del hombre de negocios yanqui.

Y verbalmente lo demostró Quimby:

—Reúne usted las condiciones apropiadas para fijar la cantidad que estime adecuada a la doble tarea que le podría encomendar. Recibo prensa de Nueva York, con dos días de atraso. He leído todo lo referente a su huida con Craig Henderson.

—Allí se hacía llamar Craighton. He echado también un vistazo a la prensa atrasada. No era un policía, sino un detective, pero a mí no se me engaña tan fácilmente, señor Quimby.

—Mi sobrino y yo, así opinamos. También opinamos que Henderson hará lo imposible por volverle a llevar a Sing-Sing.

—Me lo supongo. ¿Y qué, señor Quimby?

—Tengo un amigo muy interesado en evitar que vuelva a molestarle Henderson. No se trata de nada delictivo. Sólo evitar que Henderson vuelva a molestarle. Si usted ve alguna vez a Henderson, y me lo participa a una dirección que le daré, estaríamos dispuestos a pagarle una cantidad razonable.

—Puedo hacer más… —insinuó Lambert.

Alzó la diestra Quimby, casi como un puritano ofendido.

—No. No le interesa a mi amigo la muerte de Henderson. Si como no dudamos, busca Henderson el desquite, sabrá encontrarle,

y usted sabrá evitarlo. Envíe un radiograma a esta dirección, diciendo tan sólo lo que está al dorso.

Cogió Lambert la cartulina. En el anverso, una dirección:

«Juana Maldonado.
»ESMERALDAS».

Un puerto del Ecuador.

En el reverso, decía:

«ESPERO INSTRUCCIONES Y GIRO BANCARIO REFERENCIA COMPRA».

—Al recibirse este radiograma en Esmeraldas, le sería girada la cantidad que usted estipulará ahora, naturalmente a cambio de la verificación de que su informe es cierto. Usted informará del lugar donde esté sobre su pista Henderson, y percibirá la cantidad que ahora estipulemos.

—Es difícil que pueda decidirme ahora, señor Quimby. Ignoro el valor comercial que para su amigo representa Henderson.

—Puedo decírselo. Mi amigo no pagará más de lo que sea comercial.

—Hable de la otra tarea.

—Usted tiene medios para lograr dos buenos contratos. Dos artistas que actualmente están en Nueva York. Debería ser un contrato que las decidiera a emprender el viaje.

—¿A Quito?

—No. A cualquier *cabaret* importante antillano, salvo Panamá. ¿Cuál es su comisión habitual en este caso?

—Depende de si son artistas de veras, o son simplemente carne de *cabaret*.

—Una es artista; la otra, no.

—Escuche, señor Quimby: lo malo de estos negocios turbios, cuando se tratan entre un presunto hombre honrado y un presunto granuja, es que ninguno de los dos está a gusto.

—Señale precio por lo que le parezca misterioso, y que se comprometerá a no intentar sondear.

—Ya va la cosa mejor. Ustedes, los Quimby, son ricachones. Les molesta Henderson. Si yo se lo entrego a su amigo, para mí Henderson vale un montón de billetes. Pongamos, sin regateo, cincuenta mil.

—Mi amigo me dió carta, blanca, hasta veinte mil y otros tantos para contratar las dos artistas. Redondeo hasta cincuenta mil las dos operaciones. Usted puede atraer a Henderson fácilmente, y mucho más fácil le será contratar a Dinah Harding, y Marta Karel.

—¿Dinah Harding? La conozco. Bailaba y creía cantar. Un verdadero «veau». La otra… ¿es la Marta que trabajaba en Guayaquil?

—No nos han mentido al decirnos que usted era una enciclopedia para cuanto se refería a todos los *cabarets* desde la frontera sur de Méjico hasta la Patagonia.

—Doce años trabajando el mercado, señor Quimby. Aceptado el trato. ¿A dónde he de comunicar que las dos contratadas han aceptado?

—Lo da por seguro.

—Ninguna de las dos se negará; se lo aseguro. Las haré contratar por separado, en dos *cabarets* de Trinidad. Puedo decirle que en el «Oro Negro», de Port of Spain soy como el amo. Necesito un anticipo para gastos, señor Quimby.

—He traído una cantidad por si usted aceptaba. Cinco mil dólares.

—Usted es un perfecto hombre de negocios, señor Quimby. Puede asegurarle a su amigo que tenga plena confianza. Ganaré los cincuenta mil dólares, y con esta cantidad haré lo que hace tiempo deseo. Comprar un buen hotel en el sur de Francia, y retirarme ya de mi vagabundaje. Una pregunta antes que se vaya, señor Quimby: Pudiera ser que Henderson me comprometiese, aunque tengo mis buenas relaciones, y si no me coge la «Interpol», menos podrá cogerme un detective privado. ¿Alteraría el negocio pactado, si encontrasen a Henderson flotando ahogado, o apuñalado en algún cabaretucho?

—Es de su incumbencia el defenderse, Lambert Buenas tardes.

Félix Lambert se tocó el borde del ancho sombrero jipi. Volvió al poblado donde le aguardaba el camionero transportista de caucho.

Reemprendieron el camino hacia el norte, y tres días después, en

Port of *Spam*, en la isla de Trinidad, Félix Lambert se dedicó a filosofar tomando por testigo a la mulata sordomuda, que le servía la cena, en la choza al borde del mar.

—Estarás de acuerdo conmigo en que soy un abyecto canalla, que busca la sopita caliente de la vejez y el funeral honroso, por caminos sucios. La vida es una lotería, Riri.

Ella llevaba y recogía platos, dando de vez en cuando una cabezada de asentimiento.

—Creo que esta vez llevo el billete premiado. Se trata sólo de saberlo cobrar. Yo no quiero darle la razón al «vache» que en París me auguró que todos los que como yo elegían el camino sucio, terminaban mal, tarde o temprano. Quiero terminarla a tiempo, con rúbrica genial, Riri. Porque no soy un aventurero vulgar, un torpe maleante a la deriva, sino un genio. Y lo demostraré.

CAPÍTULO X

Craig Henderson contemplaba la variante gama de colores que adquiría el salto de agua entre las rocas. Llevaba doce días acudiendo, a media tarde, al mismo lugar.

Era un sitio tranquilo, alejado por igual del hotel, de la población y de las zonas de taladores.

Se distrajo de su contemplación, para observar a la mujer que iba ascendiendo por el sendero. Procedía del hotel, pero no la conocía.

Deportivamente calzada y vestida. Un cuerpo bonito. Cuando ya estuvo más cerca, la reconoció.

Sin saber por qué, experimentó una sensación de incipiente triunfo. Empezaba a fructificar su convalecencia.

Marta Karel se aproximó hasta sentarse en el rústico banco de madera, al lado de Henderson.

—¿Qué tal se encuentra, Craig?

—Pasable. ¿Y usted?

—Inquieta. Estuve esperándole en la ciudad.

—No habíamos quedado citados.

—Pero yo estaba segura que usted iría.

—Francamente, es usted atractiva, Marta, pero salvo por esta razón, ignoro por qué daba tan segura mi visita.

—Leí lo sucedido, y fui a preguntar a su agencia, que me dió su dirección. Acabo de llegar, y en el parador me han dicho que usted tenía por costumbre venir aquí, y estarse horas mirando el paisaje.

—Me he vuelto poeta.

—Usted nunca podrá perder el tiempo en esto. Contemplará un panorama unos minutos, a lo sumo, no horas y horas, día tras día.

—He recibido últimamente varios golpes en el seso.

—¿Por qué no dice con claridad que sospecha de nosotras? De Dinah y de mí.

—Porque sería mentir. Yo no sospecho… porque estoy cierto que mintieron al relatar lo sucedido en el avión. Déjelo, no tiene importancia. Son sólo divagaciones de un hombre con la sesera abollada. Y para mí, todo ha terminado. Tengo algunos ahorros, y voy a cambiar de profesión. He pensado comprar una serrería…

—Está mintiendo, Craig.

—Tiene usted la manía de que todo el mundo miente, salvo usted.

—Estoy en una situación muy difícil, Craig. No encuentro solución. La misma Dinah no sabe que he venido a verle. Supondrá que he estado paseando por el Estado, antes de embarcar.

—No es mala chica Dinah. Figúrese que llegué a pensar que se trataba de Diana Paddington, la prima de Wilder. Eso es lo peligroso de mi último oficio aparte los golpes. Figurarse cosas raras, y ver luego que uno tiene demasiada, imaginación. Empieza a hacer fresco, Marta. ¿Cenará en el parador?

—Vuelvo a Nueva York. Dinah y yo embarcamos mañana por la mañana en el «Kingston», que hace escala en La Habana, y en Trinidad. Dinah y yo hemos recibido una proposición de una agencia artística de Nueva York. Viajes ida y vuelta, pagados en primera. Tres meses asegurados en el «Oro Negro», de Port of Spain. Es el trimestre turístico en Port of Spain.

—Buena suerte. Marta.

—Dinah está, muy contenta. Yo no.

—Las personas inteligentes nunca están contentas. Ahora mismo, me explica que tiene un contrato magnífico, y debería alegrarse como Dinah.

—Es que ella no tiene imaginación. Yo puedo engañarme, pero este contrato me tiene inquieta.

—No haberlo aceptado.

—Siempre estaré inquieta, de ahora en adelante. Sin embargo, entonces yo creí, al igual que Dinah que hicimos lo que debíamos. No fue por el dinero…

—Aquí obscurece muy deprisa, Marta.

—Será mejor. Quizás cuando sus ojos no puedan verme, hablaré más aplomadamente. Quiero darle una cita, Craig.

—¿Cita en Trinidad?

—Tengo la convicción de que Dinah y yo terminaremos mal.

Craig Henderson denegó con el índice.

—No sea imaginativa. Es lógico que a una artista la contraten. Y además, con negarse a ir ya está resuelto.

—Usted irá a Trinidad… si allí nos sucediera algo a Dinah y a mí. ¿Me lo promete, Craig?

—¿No sería mejor evitar que sucediera algo?

—No puedo decir nada, Craig. Pero si me sucediera algo, si Dinah muriese, y yo no pudiera escapar… usted irá a Trinidad. En el mismo Banco de Port of Spain donde al llegar dejaré en caja privada, mis joyas, también dejaré un aviso. En caso de muerte, sólo usted tendrá derecho a recoger mis joyas. Hay un brazalete con una placa de plata y marfil. Fíjese bien en la placa.

—No lo lleva puesto.

—Voy a despedirme de usted, Craig.

—No sea fúnebre ni estúpida. ¡Siéntese! Puede aún perder unos minutos. Usted y Dinah en el avión, o aterrizando, fueron testigos de algo. Mintieron por compasión ante el que creían un inocente… Es pura imaginación, Marta; no se estremezca. Creyeron en un accidente, y casi sintieron alivio al ver que el hombre esposado no había, muerto. ¿De quién era el cadáver que apareció esposado? Ya era tarde para rectificar, o alguien las supo convencer. Todo es cábala y suposición. Pero después, usted y Dinah empezaron a decirse que si descubrían la verdad, serían castigadas por complicidad. Por eso usted no acude a la policía. Tiene en la conciencia un interrogante horrible. ¿Fue provocado el accidente? ¿No era Edgar Wilder un inocente, injustamente acusado? El reverencio Thomas Winchester perdió el sentido al romperse la pierna. Nada vió ni nada sabe. ¿Por qué a ustedes dos no las mataron? Porque convenía más que atestiguaran que todo fué un accidente. No consigo todavía saber cómo pudieron embarcar al que apareció esposado en vez de Wilder. Ni cómo ante la «Interpol» aparecieron los restantes pasajeros. Había en el avión ocho pasajeros, y cinco tripulantes. Perecen los cinco tripulantes y un pasajero. Quedan, pues, siete pasajeros con vida. Que son los interrogados por la «Interpol». Y sin embargo, no era Wilder el cadáver calcinado, aunque estuviera esposado. Pero no me

devanaré más los sesos. Usted si, amiga mía. Usted ahora, se pregunta si tras el contrato no hay alguien interesado en suprimir a dos testigos que algún día pueden hablar. Vaya tranquilamente a Trinidad, Marta. Le prometo cubrir de flores blancas su rinconcito en un camposanto antillano.

—Si yo hablase ahora, usted no me lo perdonaría.

—Diga que teme que acuda a la policía. Pero del mismo modo que no piensa ir a la policía, no vaya a Trinidad.

—Da lo mismo. Siempre veré misterio, en cualquier contrato.

—Si han de matarla, lo harán igualmente aquí.

—No sé por qué he venido, Craig.

—Usted quiere y no quiere. Así es como atropellan a la gente. Usted ve llegar el coche, y en vez de quedarse quieta, no sabe si echar a correr a la derecha, o saltar a la izquierda. La atropellan. Porque si se queda quieta, el chofer puede maniobrar. Déjeme maniobrar.



—Seguro que no, Mary.
—Me llamo Sheila...

—No puedo. Mi secreto es también el secreto de Dinah.

—Llévenselo a la tumba.

—¿Qué haría usted en mi lugar, Craig?

—Confiaría en Craig.

Ella se levantó. Craig Henderson continuó sentado en la penumbra creciente.

—Mi misión era llevar a Wilder a

Sing-Sing.
No me encomendaron llevar a nadie más. Comprendo su temor. Si Wilder vuelve a
Sing-Sing,
usted y Dinah irían por años a una cárcel. Puede evitarse. Puedo evitarlo. Casi estoy seguro de que ni Dinah ni usted sabían que el avión se estrellaría…

Marta Karel interrumpió al detective:

—Adiós, Craig.

—Bien. Ya descubriré la verdad cuando las entierren a las dos.

Marta Karel se alejó sendero abajo. Cuando quince minutos después llegaba al parador, intentó en vano poner en marcha su coche alquilado.

Llamó por fin al mecánico del garaje. Una avería que podía ser reparada en una hora. Unos cables de contacto que estaban cortados, seguramente por el desgaste. Ella esperó en el mismo garaje. No quería volver a enfrentarse con Craig Henderson.

CAPÍTULO XI

Dinah Harding cenó a solas. En el hotel de Manhattan la telefonista le había ya comunicado la llamada de Marta Karel, notificando que debido a una avería, ella llegaría hacia las once de la noche.

A las diez y cinco minutos, Dinah Harding entró en el ascensor para subir a su cuarto, y esperar a su compañera con la que al amanecer siguiente, embarcaría rumbo a Trinidad.

Estaba, tan acostumbrada a que los hombres la mirasen, que casi consideraba una ofensa, la actitud contraria.

Y aquel hombre que acababa de entrar, todavía no había, recorrido visualmente su línea arrogante. Debía padecer de la vista, con aquellas gafas de piloto que casi le cubrían los pómulos.

El ascensor volvió a cerrarse a su espalda, y se dirigía ella hacia la puerta, cuando comprobó que el hombre de las gafas negras parecía seguir su mismo corredor.

Introdujo la llave en su puerta, y sólo entonces, inquirió agresiva:

—¿Quiere dejarme en paz, amigo?

El que ella tomaba por un decidido conquistador, apartó el antifaz de las gafas.

—¡Craig! ¡Ay, qué bien! Estoy toda nerviosa, palabra que sí… Sales así de pronto… ¿Y cómo has sabido que yo estaba aquí?

Craig Henderson empujó un poco la puerta, y a la vez a Dinah. En el interior, sonrió:

—Estaremos más discretos. ¿No me invitas a un traguito?

—Sí cómo no, en seguida, Craig, en seguida… Parece mentira… Ahora que me acuerdo, tengo que pedir bebida al bar…

—Déjalo, y no te remuevas tanto, que mareas. No sé por qué mi presencia te pone tan inquieta, Dinah. Una chica guapa como tú,

debe estar acostumbrada a los asedios masculinos. He venido a cien por hora, desde una montaña, sólo para verte, y a solas.

—¡Ay qué bien!

—Encontré en el bolsín de un coche, un bolso con documentación y una tarjeta de este hotel. Pregunté en portería, y te vi comer el postre. Lo hacías con tanta satisfacción, que no quise amargarte la cena.

—¿Amargarme la cena? Pero si me alegra mucho verte, Craig, palabra que sí.

—Verás, Dinah. Vine a despedirme de ti porque nunca más nos volveremos a ver. Te han contratado para el «Oro Negro» de Port of Spain. Una isla antillana, muy civilizada. Por cierto, ahora que recuerdo, Trinidad está a poca distancia de Panamá, del Ecuador, en fin, de todos estos sitios. Y allí, a nadie puede extrañar que una chica tan incendiaria como tú, sea, por ejemplo estrangulada…

—¡No me gustan estas bromas! —dijo ella, acariciándose la garganta.

—¿A quién le gusta ser estrangulado? Te comprendo, Dinah. En fin, yo ya he cumplido. Vine a despedirme de ti, y te doy mi palabra de que tan pronto sepa que tú y Marta habéis muerto, acudiré veloz a cumplir mi misión. Te tranquilizará saber que me llevaré rumbo a Sing-Sing al que te estrangulará. Pero claro, no me lo puedo llevar antes… ¿comprendes? Porque no sé dónde está. Pero lo sabré tan pronto te maten.

Sentándose, Dinah Harding se abanicó con un pañuelo. Murmuró:

—Te crees muy listo, Craig; muy listo.

—No, hija mía. Si lo fuera, cogería a tu asesino antes que le estrangulara.

—¡Edgar Wilder murió carbonizado!

—No lo dudo. Pero ¿es que he mencionado siquiera una sola vez al pobrecillo Wilder, un muchacho inocente al que yo dejé morir achicharrado con dos brazaletes de acero?

—Marta va a venir pronto. Ella sabrá contestarte.

—No me hace falta. La que me gusta eres tú, y me sabe mal verte tan apetitosa, y pensar que en una isla lejana, los gusanos…

—¡Calla, bestia!

—No puede uno ser sentimental. Escucha, preciosidad… Para el caso, tanto da que vayas a Trinidad como a Corea. Sólo tienes un modo de salvarte. Que yo me lleve en el último taxi, a la banda que operó en el avión. ¿Los Quimby? ¿Juana Maldonado? ¿Los tres, o sólo ellos dos? Tú y Marta fuisteis dos necias majaderas solamente. Y eso tiene un arreglo. No lo tiene la muerte. En fin, hablemos de otra cosa.

—Sí, hablemos de otra cosa… hasta que llegue Marta.

—Eso es. Estáis bien instaladas. Muy amigas, ¿eh? Puerta comunicantes entre las dos salitas y alcobas. ¡Vaya salita y vaya alcoba! Inspira ganas de casarse.

Aliviada por el cambio de tema. Dinah Harding rió complacida. La nueva conversación era más de su dominio.

Craig Henderson reconoció por los detalles, la alcoba perteneciente a Marta Karel.

Desde el umbral, solicitó:

—Un traguito me vendría bien, Dinah. Pídelo, y brindaremos.

Ella, pasó a la salita, para telefonear.

Craig Henderson se dirigió en línea recta al tocador, y abrió el cofrecito. Un brazalete de eslabones en arabescos, plateados, del que colgaban plaquitas como dijes, una de ellas en plata, y marfil.

Cerró el cofrecito, guardándose el brazalete en el bolsillo, y coincidió con Dinah Harding en la puerta de la alcoba. La enlazó por el talle, y ella echándose atrás, protestó:

—¡Abajo las manos, perillán!

Obedeció Craig Henderson.

—No va a tardar en venir Marta.

—Será mejor que la espere abajo, ¿comprendes? Haremos como si no nos hubiéramos visto, ¿estamos? Yo diré que quise verte, pero que me dijeron que dormías. Esperaré abajo.

—Eso es, chatín.

Y antes de abrir la puerta, murmuró ella:

—Te quiero, Craig, porque eres un perillán listo. Le dije a Marta que tú descubrirías la trampa, pero como he jurado no decir nada, es ella la que debe hablar.

—Hablará, descuida.

Craig Henderson esperó en el vestíbulo del hotel, después de haber jugueteado con un cortaplumas y un brazalete…

Faltaba poco para la medianoche, cuando llegó Marta Karel. No se sorprendió demasiado al ver a Craig Henderson en el umbral del bar.

Acudió.

—Una avería que me dió que pensar por el camino. Fuiste tú.

—En efecto.

—¿Viniste a interrogar a Dinah?

—Lo intenté, pero nada conseguí. Como sé que de todos modos irás a Trinidad, dime tan sólo una cosa. ¿Averiguaste quién te contrató?

—El dueño del «Oro Negro».

—¿Se llama?

—Gilbert Monpot.

—¿Francés?

—No le conozco, pero el «Raid», la agencia de aquí, es de toda confianza.

—Embarca mañana, Marta. ¿Cablegrafiarás tu salida a Monpot?

—Sí. Y la agencia «Raid» también.

—¿Te extrañará verme allá, o recibir noticias mías a bordo del «Kingston»?

—Gracias, Craig. Mi problema consiste en que no puedo…

—Déjalo, déjalo, preciosa. Tú no podías suponer lo que después fuiste sospechando, ya tarde, para rectificar. Un asunto muy grave, si eras acusada de complicidad. No te preocupes, Marta… Tampoco podías saber que Wilder tenía la costumbre de telefonear todas las madrugadas a las tres, en espera de que le dieran un aviso que esperaba, estuviera donde estuviese. No lo hizo la madrugada en que yo le vigilaba el sueño, narcotizado. Eso hizo entrar en recelo a sus aliados. No actuaron en Guayaquil, creyendo que la casa estaría con policías, al acecho. Tomaron pasaje… Bien, ya lo sabes…

—¿Y tú, cómo puedes…?

—Talento deductivo. Embarcarás, Marta, porque aquí en los Estados, tú y Dinah iríais a la cárcel, por bastantes años. No hay sentimentalismos femeninos y desplazados en los jueces. Yo soy un sentimental. Hasta pronto, Marta.

Ella se quedó inmóvil, y reaccionó tarde. A preguntas de Dinah contestó displicente. Dijo que abajo había encontrado a Henderson, pero que no había revelado nada. Que todo eran hipótesis, y que

podían embarcar sin temor.

En su alcoba, comprobó lo que sospechaba. El brazalete con los dijes había desaparecido.

No durmió, y sólo cuando estaban a bordo del «Kingston» recobró la serenidad al confiar en el carácter de Craig Henderson. No era hombre para dejar a otros la tarea de llevar en el «último taxi» a tres pasajeros del avión siniestrado y al que no tomó el avión figurando, sin embargo, entre los pasajeros.

Tampoco se equivocó al pensar que Henderson viajaría en avión. Se equivocó sólo al suponer que iba hacia Guayaquil, porque Craig Henderson hizo escala en Port of Spain.

CAPÍTULO XII

Gilbert Monpot, propietario del elegante «Oro Negro», de Port of Spain, atendía con distinción a todos los turistas.

Le iban demasiado bien los negocios, para cometer errores. Podía ser servicial con quienquiera le proporcionase un beneficio, pero su discreción tenía un límite infranqueable: el que separaba su libertad de la pérdida del negocio.

Por eso cuando el turista de grandes gafas negras, en vez de emplear la entrada pública, subió directamente al piso alto donde tenía su domicilio particular, Gilbert Monpot olfateó peligro.

Hizo un rápido examen de conciencia, y sólo vió una causa que motivara el modo de anunciarse del visitante:

—He dicho abajo que usted me había citado, Monpot. No es conveniente que sepan los demás que soy de la «Interpol». ¿Quiere cerciorarse de mi aserto? Pida conferencia con Cristóbal y pida por Sammy Mulliner. Él le dirá quién soy.

—Puedo ahorrarme la conferencia, señor. Yo estoy en regla con la Ley.

—No esté tan seguro. Dígame una cosa: ¿ha oído hablar de dos artistas llamadas, respectivamente, Dinah Harding y Marta Karel?

—Las he contratado. Me hablaron muy bien de ellas.

—¿Sí? Todo normal entonces, según usted.

Gilbert Monpot asintió gravemente.

—Por lo tanto, no tendrá inconveniente en decirme, en concreto, quién le aconsejó las contratara.

Gilbert Monpot se pasó dos dedos por entre el cuello de la camisa y la garganta. Dijo:

—Por Trinidad no hay orden ninguna que me prohíba tener amistad con gente que haya podido cometer delitos fuera de

Trinidad.

—No he hablado de ningún delincuente, por ahora.

Craig Henderson pensaba en los Quimby y Juana Maldonado.

Gilbert Monpot, en Félix Lambert…

—Verá… En mi negocio tratamos con toda clase de gente.

—De acuerdo. Nada hay contra usted, Monpot. Es muy libre de contratar a doble precio del que acostumbra. En realidad, las dos valen su peso en plata.

—Es lo que me dijo Lambert.

Craig Henderson se quitó el sombrero, y murmuró:

—Hace calor…

—¿Un poco de ginebra helada? —ofreció, muy amablemente, Monpot.

—Ya me pasó el vahído. Le agradezco la ginebra, pero no bebo, estando de servicio. Contra usted, repito no va nada. Expóngame con exactitud, y por escrito, las razones por las que contrató a las dos artistas, haciéndolas venir desde Nueva York.

—Oiga, que yo nada tengo que ver con la trata…

—Me consta, y no lo dudo. Explíqueme de viva voz el asunto, y después por escrito. En nada será perjudicado.

—Lambert es peligroso… y si se entera que yo…

—Para nada ha de saberlo, ni lo sabrá. ¿Cuándo tiene usted que verlo?

—Pasará esta noche hacia las once, a recoger los cablegramas recibidos anunciando que las dos artistas han embarcado.

—Bien. Explíqueme el asunto.

—Hace unos días, exactamente tres, vino Lambert. Le conozco hace tiempo, pero nunca hice negocios con él, que sean delictivos. Me proporcionó licores legalmente, y además es paisano mío. Vino a verme, y lo que me propuso era normal. Se trataba de que yo, por cablegrama, hiciera saber a la agencia neoyorkina «Raid» que contrataba por un trimestre, gastos pagados y depósito anticipado, a dos artistas, Dinah Harding y Marta Karel, que se hallaban en Nueva York corriendo también de mi cuenta el gasto de hallarlas. Lambert me dijo que pagaba el capricho un millonario. Estas cosas suceden, ¿sabe? Hay plantadores que recuerdan a una artista, y por mediación…

—Lo sé. Prosiga.

—Lambert me entregó la fianza, y como para mí todo eran beneficios, acepté.

—Y nadie pensará en reprochárselo, Monpot. Todo es legal, salvo un punto, que usted ignora. Estoy cierto que lo ignora. Félix Lambert escapó de
Sing-Sing.

—No me lo dijo, y yo no lo sabía; se lo juro.

—Demuéstrelo.

—Estoy muy dispuesto a ello.

—Dice usted que a las once va a venir Lambert. Falta más de una hora. Si capturo a Lambert aquí, no le gustará, ¿verdad?

—Como usted quiera, pero si pudiera ser fuera de aquí… Usted sabrá comprenderlo. Es mi deseo…

—Servir la buena causa, pero que los maleantes no le tengan por mi confidente. De acuerdo, Monpot. Vea cómo lo resuelve.

—Puedo avisar a Lambert, diciéndole que no venga esta noche, porque viene al espectáculo el comisario de policía. Yo no quiero líos, y él lo sabe. Me pidió que le entregara los cablegramas anunciando la salida de las dos artistas. Me dijo que era para enseñárselos al caprichoso que pagó los gastos. Todo normal… para mí.

—¿Qué hará Lambert, si usted le cita a otra hora y en otro sitio?

—Es desconfiado. Aunque… si Riri…

—¿Riri?

—Es una mulata en cuya choza se aloja. Lambert cuando viene a la isla. Ella trabaja como atracción en danzas de la isla, en el «Tobaggo»…

—Un momento. Escriba todo lo referente al contrato, y cuando lo haya firmado iremos a visitar a Lambert. Una simple precaución, y no se ofenda. Pero todavía me duele este lado de la cara, por un descuido. Supongo que podemos llegar hasta la choza de Riri, sin que Lambert se alarme.

—Hacia las diez y media, cuando Riri va al «Tobaggo», él se dirigirá aquí.

—Apresúrese pues en escribir la declaración. Simple formulismo que demostrará su absoluta imparcialidad legal en este asunto, Monpot.

* * *

A las diez y veinte minutos, Riri dejó delante de Félix Lambert la taza de café. Se inclinó para besarle, y salió para subir en el coche de caballos, que conducido por un negro, iba recogiendo en sus domicilios al «cuadro aborigen» de danzas del «Tobaggo».

Félix Lambert saboreó plácidamente su café. Volvió lentamente la cabeza. Le parecía haber oído pasos suaves, cautelosos…

A veces los juncos, los abanicos de palmera, los biombos, tenían susurros… Repiqueteó, sin embargo, con los dedos sobre la culata, con lo que pareció un pacífico ciudadano palpándose el estómago en sabrosa digestión.

Se puso en pie, y pistola en mano encañonó el umbral. Algo había tropezado, allí… Vió un zapato que caía… No pudo comprender a tiempo que un zapato arrojado por un hombre en calcetines, era uno de los trucos favoritos de Craig Henderson.

Cuando lo comprendió, tenía ya contra su espalda a Craig Henderson, que empleó otro recurso tan leal como el primero.

Darle un culatazo en la muñeca derecha, y rodearle el cuello con el antebrazo izquierdo. Una postura desagradable cuando una rodilla se hinca en los riñones.

Sobre todo para un hombre con la muñeca derecha fracturada…

—Hola, 8806.

Al saludo no replicó Lambert, ocupado tan sólo en arquearse, y sostenerse la muñeca rota. Un dolor insufrible, que justificó su mareo…

El puñetazo que le alzó en vilo, alcanzándole bajo la barbilla, casi fué misericordioso. Perdió el sentido.

Cuando lo recuperó, mantenía contra su pecho, amorosamente, el antebrazo derecho en cabestrillo. Dos tablillas de madera fuertemente apretadas, aliviaban su fractura.

Pero verse, la mano hábil apretada contra el pecho sobre el cabestrillo, y entre las vueltas mortificantes de un alambre, era poco agradable.

Odió repentinamente al hombre que sentado en frente de él, fumaba indolentemente un cigarrillo, reclinado hacia atrás sobre el tabique de juncos.

Craig Henderson se tocó el pómulo izquierdo.

—Estuviste gracioso, Lambert. Y por mí, todo olvidado, si no te hubieras mezclado con esto.

Miró Lambert la cartulina que entre sus dedos mostraba Henderson. La había conservado como futura pieza de chantaje, y ahora…

—Dice aquí que Juana Maldonado, residente en Puerto Esmeraldas, ha de girarte con referencia a una compra. Y te han dado el texto. Lástima que desde Sing-Sing no podrás cobrar. Me temo que le triplicarán la condena, Lambert. Como cómplice de Juana Maldonado y los otros. ¿Por qué estás enfadado conmigo, Lambert? Yo no lo estoy. De veras. Fuiste listo, y te escapaste. Hasta aquí, todo en regla, pero meterte en la banda de asesinos, esto te va a perjudicar. Atraer a dos muchachas para silenciarlas, te va a costar por lo menos diez años de Sing-Sing.

—Quimby no me dijo nada de matar a nadie, ni yo tengo nada que ver con asesinos…

—Puedo intentar oírte. Lambert, antes de oír a Quimby, que naturalmente tratará de cargar el mochuelo sobre ti. Has de saber jugar, Lambert. Yo perdí la primera baza, y tú la segunda. Podemos, barajar y dejarlo en tablas. Vuelves a Sing-Sing a cumplir los tacos que te pertenecían, sin más. Tienes media hora para pensártelo. El tiempo justo para que vengan a recogerte dos de la «Interpol», que te llevarán a Sing-Sing. Les cité para las once y media. Baraja, Lambert, y demuestra talento. Si te acallas, saldrá ganando Quimby. Piensa en el fallo de Quimby, al hacerte contratar a las dos chicas, a las que yo tenía al ojeo. Ellas vienen en barco, pero yo vine en avión. Me encanta el avión. ¿A ti y no?

Félix Lambert escupió hacia delante, pero el salivazo era sólo despreciativo. Lo indicó.

—Va por Quimby. Se lo advertí. Cuando un presunto hombre honrado, se mete en negocios turbios, se calla lo esencial. Él me dijo que tú me buscarías, y que yo cuando te viera, le enviara un radio a la dirección que ya sabes. Nada más. Debía hacer lo mismo cuando

llegasen las dos chicas. Eso era todo. ¡Yo qué sé de asesinatos ni de cuentos tártaros! ¡Venga! Llévame ya a donde sea. Tienen que enyesarme este brazo.

—Querido, no seas tan delicado… A mí no me llevaste a que me enyesaran la cara. Ya que estamos solos, lo puedes reconocer… Te hubieras ganado un buen saco, si me vuelves a romper la cara, ¿no?

—Estás equivocado. Precisamente yo me olí que había asunto en todo esto, y quería sacarles más. Me ofrecieron cincuenta mil…

—¡Caray! Lo siento, hijo, de veras.

—¡Y yo pensaba decírtelo! ¡Lo juro! Si ellos me ofrecían cincuenta mil, la cosa valía mucho más. Te tenían miedo, ¿no? Estoy hablando la verdad pura.

—Eso es lo malo, Lambert. Que ya es tarde para que nadie pueda creer en tu sinceridad. Pensabas darme un beso en cada mejilla cuando me vieras, ¿verdad?

—Enviarte un aviso, y decirte que un tal Alvin Georges Quimby y un amigo suyo, cuyo nombre no me dijo, pagaban cincuenta mil por vosotros tres, localizados. Tú y las dos «terneras». Te propondría un cambio. Me dejabas en paz a mí, y te llevabas a los otros. Si pagaban cincuenta mil, era cosa gorda la que tú estabas averiguando respecto a ellos… ¡Va de la pura verdad!

—No lo dudo. Pero el juez que entienda con todos vosotros, no te va a creer, Lambert, inconvenientes de ser sincero tardíamente. Cuando Juana Maldonado y los Quimby con su amigo, estén ante el juez… Hombre, hay una solución magnifica para ti, Lambert. A ver si me entiendes… Allá me tienen lástima. Soy un ridículo fracasado. Tenía por misión fingir que me escapaba contigo, para que tú me llevaras por tus andurriales. Sospechan que andaste metido en asuntos de drogas a sabiendas del naviero Sullivan. Pero Sullivan ofreció la prima para mi trabajo. Yo debía fugarme contigo, y demostrar así que Sullivan nada tenía que ver con el engranaje sudamericano de tráfico en drogas. Te ibas a salvar con un par de años por todo, si yo les dijera, a los de la «Interpol», que todo ha sido planeado entre nosotros dos. Tú me golpeaste, no me mataste, ¿verdad? No mataste tampoco a Molly Johnson. Lo hiciste para que los tuyos te consideraran un gran talento, y ahora de nuevo juntos tú y yo (porque si estoy aquí es porque tú me llamaste, o si no, ¿cómo iba a encontrarte tan pronto, verdad, hijo mío?)… Tú me has

entregado la lista completa de los traficantes a cambio de mi promesa legalmente autorizada, para que te reduzcan a dos tacos la condena.

—Yo no soy un chivato.

—No lo dudo. Así me gustan los hombres. Héroes de la lealtad. Cinco años que tienes que cumplir, más diez por complicidad con los asesinos de los tripulantes de un avión en el que yo iba, y encubridor de Edgar Wilder… suman quince años, sin condicional. La cárcel es sana, Lambert.

—Tú eres muy listo, ¿no?

—Mírate las manos, y saca la deducción.

—Yo me sentaba a la mesa y desembuchaba, y después me encajaban, igual los quince tacos…

—Salvo mi declaración. Soy un detective privado, y figúrate el éxito monetario y de prestigio. Engañé a todos, desde el teniente Trevor hasta el último gato de mi propia agencia. Y estaba en combinación contigo. Casi te ofrecerán empleo en la agencia, cuando salgas al cabo de un taco, tan sólo. Yo me comprometo a obtenerte la condicional. Fíjate bien… En este asunto, barajas y salen dos ases: quince años de
Sing-Sing
o un año. Y como el final de la partida es siempre el mismo… yo siempre gano.

—Y los que yo delate, luego…

—Estarán a la sombra. No van a tardar en llegar los de la «Interpol», Lambert.

—¿Y con qué mano escribo yo?

—Con la izquierda, amigo. Todavía más sincero. Te rompiste la derecha, en una mala caída. Lo atestiguaré.

—Va a ser mi última jugada, Henderson. Si fallas…

—Yo no te faltaré puesto que en este viaje, en vez de uno, llevaré a decenas hacia
Sing-Sing
y el teniente Trevor me lamerá las manos. Y Marcus Sullivan me dará un cheque con varios ceros a la derechas de un hermoso uno. Has perdido cincuenta mil, pero al cabo de un añito de
Sing-Sing
yo puedo darte un par de miles, para que te busques la vida por

otro lado.

—Has ganado, Henderson. Ya se lo dije a Molly que tú eras un tipo difícil.

Los dos agentes de la «Interpol», acudieron a la medianoche. Se llevaron a Félix Lambert y una declaración garabateada con dificultad, pero clara y concisa.

Con los dieciocho nombres de los camareros de barcos que ignorándolo el naviero Marcus Sullivan, «distribuían» en varios puertos y por procedimientos siempre renovados e ingeniosos, la droga.

Félix Lambert realizaba el viaje rumbo a
Sing-Sing,
en el sollado de un transatlántico francés, bajo la tutela de dos agentes de la «Interpol».

Capítulo XIII

Alvin G. Quimby y su sobrino John V. Quimby, ambos solteros, eran metódicos. El fin de semana en los campos de Quito, donde tenían su hacienda.

El domingo por la mañana, un poco de golf en el elegante club inglés. El aperitivo en el que hablaban con otros exportadores, de la situación de los mercados, de sus viajes por la costa e interior.

Los Quimby volverían pronto a los Estados, y podrían descansar en dorada opulencia bien ganada. Ésta era la opinión general de sus banqueros.

Últimamente, habían efectuado grandes ingresos. Eran linces para los negocios.

Después del aperitivo, en su coche iban al «Victoria», donde saboreaban las exquisiteces de la cocina francoespañola.

Por la tarde, una pequeña fiesta en su residencia… salvo aquel domingo, porque al llegar no les abrió la verja, el habitual criado sino un desconocido.

Alvin G. Quimby frenó, y bajó el cristal.

—¿Quién, es usted? —preguntó en castellano.

—Sammy Mulliner, del «Interpol». Policía Internacional, señor Quimby. Y aquellos tres compañeros míos, también. Hay también otros cuatro compañeros míos, en Esmeraldas. Se han hecho ya cargo de Juana Maldonado y Edgar Wilder.

Alvin G. Quimby era un hombre inteligente y decidido. Dió marcha atrás, pero el obeso Mulliner disparó contra los neumáticos, mientras al estribo saltaban dos policías…

Fué un viaje muy penoso para los dos Quimby, esposados y silenciosos, en el coche de la «Interpol», hacia Guayaquil.

Les produjo cierto nerviosismo, el apearse en el aeródromo, y

penetrar en un avión que no era de línea normal.

Lo pilotaban aviadores al servicio de la «Interpol». Y del mismo organismo eran los hombres que se instalaron al lado de los dos Quimby, esposándolos al brazal.

También lo eran los que estaban junto a Juana Maldonado y Edgar Wilder.

No lo era el último pasajero, el que se sentaba a proa y que se levantó cuando el avión ya surcaba los aires.

Craig Henderson dijo a modo de saludo:

—Rumbo a
Sing-Sing,
Wilder. Era mi obligación, y para eso me pagaban.

Edgar Wilder cerró los ojos. Esta vez no habría «accidente» que le impidiera sentarse en la silla eléctrica.

* * *

El teniente Trevor, en el aeropuerto de llegada, se cercioró de que los cuatro pasajeros quedaban bien seguros en la furgoneta especial.

Estrechó las manos de los que reemprendían vuelo hacia Filadelfia, la sede central de la «Interpol», y sólo entonces se enfrentó con Craig Henderson.

—Una taza de café le sentará bien, Craig.

—No lo dudo.

—Ha sido un trabajo magnífico, Craig.

—Nadie lo pone en duda.

—Una redada general.

En el bar del aeródromo militar, únicos ocupantes ellos dos, alejado el mostrador, dijo Trevor:

—La «Interpol» no me ha dado el informe, porque lo transmitirán al Departamento desde Filadelfia. Por lo que se refiere a Lambert, quería venir Kempton, pero es asunto nuestro solamente. No debió mantenerme en la ignorancia, de que estaba en combinación con Lambert. No acabo de entenderlo. Han caído los traficantes que empleaban los barcos de Sullivan, pero bien pudo Lambert delatarlos sin irse a esconder en Port of Spain.

—La Prensa publicó que él se había burlado de un detective

llamado Craig Henderson. Se enteraron los Quimby y entraron en contacto con Lambert. Daban por descontado que siendo mi especialidad, capturar gente que elige Centro y Sudamérica para camuflarse, yo seguiría la pista de Lambert. Él les prometió avisarles, pero no pudo cumplir. Lambert tiene mi promesa de obtener un año de condena.

—No debió hacerla, sin consultarme, Craig.

—Lambert prometía también a muchachas huérfanas un trabajo decente y bien pagado. Después no cumplía. Las chicas reaccionaban de distinto modo en los tugurios alejados de todo control, y donde van a saciar su bestialidad los selváticos plantadores. Algunas se daban a la bebida, otras se conformaban después de ser convencidas a palizas, y otras se mataban. Espero que el juez haga caso de mi informe. Lambert me esperaba para matarme y cobrar más recompensa. Se lo he perdonado. Soy un sentimental. Me contento con saber que durante quince años por lo menos Lambert pensará en mí. Yo… me basta con pensar en las chicas que él llama «terneras».

—¡Ahora sí que no le sigo, Craig! No comprendo.

—Le arranqué las confesiones a base de promesas. Su estilo. Tuve que saludarle con un golpe en la muñeca. Después confió en mí, igual que una «ternerilla».

—Entonces, ¿se fugó de veras?

—Me gusta sorprender, pero no a cambio de una insolación, y un hueso roto. ¿Ha comprendido ya lo referente a Lambert, o está usted en baja forma, teniente Trevor?

—Usted no es rencoroso ¡caramba! Se lo dije entonces, porque peligraba mi carrera…

—Lambert se fugó, y yo pensé que entrarían en contacto con él, los que ingeniaron el medio de que Wilder se me escapara. No siempre la suerte me iba a estar en contra.

—Wilder… El enigma incomprensible.

—Lo fué más para mí, hasta que en un dije encontré un escrito de una mujer que no podía vivir en paz con su conciencia. Lo comprenderá… Esta mujer escribió todo lo sucedido en el avión, por si moría. Se consideraba en cierto modo, cómplice de cinco asesinatos. Tome. Ésta es la declaración hecha por Marta Karel.

El teniente Trevor leyó con creciente intriga:

»Yo, Marta Karel, me declaro culpable de haber creído que Edgar Wilder era inocente, creencia que fui abandonando, al ir comprendiendo que Dinah y yo fuimos engañadas. No había sido un accidente fortuito, sino provocado, el que produjo la muerte de dos pilotos, el radiotelegrafista, la aeromoza y el camarero frustrándose el mismo intento contra Craig Henderson, porque creyeron que caería sin sentido contra las rocas.

»Yo tomé pasaje en el avión donde Henderson escoltaba a Wilder, con la intención de conocer la verdad sobre Wilder en Nueva York. Cuando en el transcurso del viaje, uno de los pasajeros descargó un culatazo en la cabeza de Craig Henderson, mi sorpresa estuvo mezclada con un poco de admiración hacia el que se había deslizado reptando hasta sentarse a mi lado, ordenándome silencio con un dedo aplicado sobré sus labios.

»Era Alvin Georges Quimby.

»Apenas golpeó, empezó a hablar para explicarme que era amigo de Wilder, que éste era inocente y que nos pagaría a Dinah y a mí cinco mil dólares a cada una, si atestiguábamos que todos saltamos del avión, al entrar éste en peligrosa barrena.

»Todo era precipitado. La pasajera llamada Juana Maldonado, le estiba quitando las esposas a Wilder, con la llavecita que sacó del bolsillo del inanimado Henderson.

»A éste le colocaron el paracaídas, arrojándolo fuera. Hicieron lo mismo con el pastor Winchester y con Dinah.

»Mucho después deduje que habían seccionado el cordaje del paracaídas del camarero. No mataron a Winchester, porqué su testimonio así como el nuestro, de Dinah y mío, les iba a ser útil.

»Debieron golpear a los pilotos y a la aeromoza. Tuve tiempo de ver cómo trasladaban al hombre que estaba como mareado, colocándolo en la butaca de Wilder, esposándolo.

»Me empujó Juana Maldonado.

»En tierra, Juana Maldonado se reunió con Dinah y conmigo. Yo creo que quizá nos hubiera matado, si no llegan a venir unos mineros.

»Digo que nos hubiera posiblemente matado, porque Dinah empezó a gritar, cuando comprobó que el incendio y estallido en la cumbre, se debía al avión que se estrelló.

»Y cuando como yo misma, vio con sorpresa, que Alvin Georges Quimby, aparecía con el que dijo ser su sobrino, *pero que no estaba en el avión*.

»Y no había rastro de Wilder.

»Después, Alvin Georges Quimby dijo sólo una cosa. La misma y horrible amenaza que le dijo a Dinah. Seríamos acusadas de complicidad en varias muertes, si no declarábamos como nos indicó.

»Declaramos que fué un accidente, y así seguimos declarando cuando Henderson nos interrogó.

»Si leen esta carta, mi confesión, habré muerto. Yo creí que Quimby quería tan sólo ayudar a un inocente, injustamente acusado. Wilder no me parecía un asesino.

»Dios me perdone.

»MARTA KAREL».

—Los Quimby, para sus constantes recorridos, empleaban una avioneta particular. Reconstruyamos, teniente.

—Usted.

—Como quiera. Alvin G. Quimby toma pasaje a nombre suyo y de su sobrino, pero va en realidad con un hombre embriagado, aunque dice que es su sobrino, y que se marea a muerte. Su sobrino,

en la avioneta, parte hacia el lugar donde Alvin le ha indicado que estrellará el avión. No le cuesta mucho colocar los mandos, después de inutilizar a Marcia Scott y el radio y los dos pilotos, de modo que la rotura del ala, y la detención de una hélice, originé en los técnicos, la neta idea del accidente. En el lugar de Wilder, coloca al hombre embriagado, al que seguramente en el viaje ha ido administrando el alcohol con narcótico. Wilder aterriza y escapa hacia Esmeraldas. En cambio, John Vincent Quimby, que nunca estuvo en el «Skymaster», finge haber saltado oportunamente al comprender ellos dos, entendidos en aviación, que el estrellón era inmediato. Y ya está. Edgar Wilder convertido en cenizas.

—¿Qué relación tan importante unía a los Quimby con Wilder, que les hizo ingeniar cinco asesinatos para, fingir un accidente?

—Los cuatro han sido cogidos sin poder entre sí inventar nada. Constantemente escoltados por hombres de la «Interpol». Y ahora incomunicados, creo que todo está masticado. ¿Qué móvil dió a su crimen Wilder? Pretextó un arrebato de violencia celosa, para que los psiquiatras, al no hallar motivo, le declararan demente. Pero si apenas hubo estrangulado a Lilian no le detiene la servidumbre, se hubiera escapado. ¿Por qué mató a Lilian? Seguramente porque ella aludió o sus negocios sudamericanos. Lilian era la celosa, y pudo muy bien seguirle en algún viaje, puesto que en el proceso se demostró que Lilian había estado ausente de Nueva York, en coincidencia con dos de los últimos viajes de Edgar Wilder. Pero todo esto, pronto quedará en claro.

Quedó en claro, tras laborioso interrogatorio.

Juana Maldonado estaba a sueldo de los Quimby, los cuales debían el mayor porcentaje de su fortuna al igual que Wilder, al tráfico de armas para diversas repúblicas sudamericanas.

El mensaje que esperaba Wilder era el anuncio de la llegada a Guayaquil del barco contrabandista, al servicio de las exportaciones de los Quimby.

Un barco que lo trasladaría a sitio seguro, pero intervino antes Craig Henderson, cuya constante persecución impedía a Wilder mostrarse en público, y a los Quimby relacionarse con él de otro modo que no fuera por breves frases intercambiadas cada madrugada a las tres.

Cuando aquella madrugada no lo hizo, y supieron que había sido

pedido un pasaje en avión para el detective Craig Henderson y Edgar Wilder, ingenió Alvin G. Quimby el modo de liberar a Wilder. Éste les había hecho saber que si volvía a caer en manos de la policía revelaría sus relaciones comerciales y delictivas con ellos.

Fué solicitada la presencia de Dinah y Marta Karel. El capitán del «Kingston» declaró que ambas pasajeras no reemprendieron el viaje, quedándose en La Habana.

Pero la «Interpol» no encontró a ambas pasajeras del «Kingston», pese a incesante búsqueda por La Habana.

Sólo Craig Henderson hubiera podido indicar que no debían buscarlas en Cuba.

No había firmado el radiograma enviado al «Kingston» y destinado a Marta Karel, que decía:

> «Aconsejo incumplimiento contrato y larga temporada descanso».

Meses después de ser dictada la sentencia condenando a muerte a los cuatro encartados en el siniestro del «Skymaster», y de doce años de presidio contra Félix Lambert, recibió Henderson una tarjeta postal.

Tenía matasellos de una ciudad canadiense. Había dos rúbricas femeninas.

Pero Henderson no acudió a la cita. Era un sentimental a su modo. Prefería seguir siendo el as de la «Agencia Kempton», y lo seguiría siendo mientras conservase la cabeza a prueba de golpes, y el corazón libre.

Y se confirmó su hipótesis, pocos meses después. Marta Karel le envió una participación de boda. Un pintor canadiense, la juzgaba el mejor modelo de inspiración.

Dinah Harding había preferido conocer Europa, empleando como principal recurso artístico en sus canciones, el «bikini» de raso negro.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.



—¡El licor es un veneno! —dijeron los hombres que un día promulgaron la ley seca—. ¡Cada botella de licor que se adquiere significa comprar la muerte a plazos!

Ray Garnet pensó que quien dijo aquello había tenido razón... cuando se vió en posesión de un cargamento de licor... mezclado con auténtico veneno.

LEY SECA

es una novela desbordante de interés y de emoción, cuya lectura, además de resultar apasionante, es necesaria para comprender uno de los más importantes aspectos de la historia moderna de Norteamérica

LEY SECA

es la obra con que inicia su colaboración en COLECCIÓN DETECTIVE un gran autor que pronto se convertirá en gran favorito del público:

GEO DUGAN

¡Lea usted esta novela incomparable y júzguela por sí mismo! Pida hoy a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar del próximo número de

COLECCIÓN DETECTIVE!

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 346 - Corín Tellado.
- LA NOCHE TRAJO UN AMOR

Núm. 347 - A. Pina Cuadrado.
- PAZ EN EL HOGAR

Núm. 348 - M.ª Esperanza Neyra.
- VUESTRO HUMILDE SERVIDOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 242 - M.ª Esperanza Neyra.
- LA GRAN PASIÓN

Núm. 243 - Amparo Lara.
- EL MEJOR RECUERDO

Núm. 244 - Corín Tellado.
- UN MISTERIO EN SU VIDA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 186 - María Adela Durango.
- EL COLLAR DE ESMERALDAS

Núm. 187 - Laura Tur.
- AMOR INESPERADO

Núm. 188 - L. Mascia.
- LA CALUMNIADA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 72 - Lia Ramos.
- JUNTO A LA HOGUERA

Núm. 73 - Mary de la Fe.
- POR TODOS LOS CAMINOS

Núm. 74 - M.ª Pilar Carré.
- AQUEL HOMBRE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 287 - Fidel Prado.
- SORPRESA EN LA DIVISORIA

Núm. 288 - Alar Benet.
- CAZADORES DE APACHES

Núm. 289 - Ralf Segrram.
- EL CABALLERO BANDIDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 30 - Karl Medusa.
- YO, ESPÍA

Núm. 31 - Vic Peterson.
- RUMBO A SING-SING

Núm. 32 - Geo Dugan.
- LEY SECA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 151 - Red Harland.
- LA COLINA DEL SILENCIO

Núm. 152 - A. Rokesi.
- MUERTOS EN LA SELVA

Núm. 153 - Red Harland.
- UN HOMBRE ALTO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 25 - Trini de Figueroa.
- CÁTEDRA DE HONOR

Núm. 26 - Sergio Duval.
- SANSÓN Y VERÓNICA

Núm. 27 - Bárbara Sanromán.
- SOBRE LA NIEBLA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Notas

[1] Wilder: salvaje. <<